



SAN MIGUEL

No. 80

agosto-septiembre 2026



**«Hay que desarmar la inteligencia artificial»
Encíclica Magnifica humanitas de León XIV**



Revista bimestral de los
Peregrinos de
San Miguel Arcángel
Edición No. 80

Oficina Principal

"Michael" Journal - Canada
1101 Principale St., Rougemont QC, J0L 1M0
Tel: (450) 469-2209 Fax: (450) 469-2601

Directora

Marcelle Caya

Editor

Alain Pilote

Colaboradores

Juan Castro Soto

Editado por

Instituto Louis Even para la Justicia Social

Subscripciones

"Michael" Journal - Canada
1101 Principale St., Rougemont QC, J0L 1M0
Tel: (450) 469-2209 Fax: (450) 469-2601

"Michael" Journal - Estados Unidos
P.O.Box 86 / South Deerfield, MA 01373, USA
Tel: 1-888-858-2163

Printed in Canada

Send back all mail that cannot be delivered to:
"Michael" Journal, 1101 Principale Street, Rougemont
QC, J0L 1M0 - Canada

Publications Mail Reg. No. 40063742

PUBLICATIONS MAIL ONLY AGREEMENT No.
40063742

Legal Deposit - National Quebec Library

Postmasters must send address changes to:
"Michael" Journal, 1101 Principale Street,
Rougemont QC, J0L 1M0 - Canada

©2026 Peregrinos de San Miguel Arcángel. Todos los
derechos reservados. Los artículos de esta revista
podrán ser reproducidos dando crédito a la Revista
San Miguel.

www.revistasanmiguel.org

SAN MIGUEL

Contents

- 3** Hay que desarmar la inteligencia artificial *León XIV*
- 13** El desarrollo de la doctrina social de la Iglesia *León XIV*
- 19** Causas profundas de la injusticia *Lise Rodrigue-Fournier*
- 20** Pedagogía para una Nueva Economía *Juan Castro Soto*
- 24** Combate contra la lujuria
- 25** Antoni Gaudí, el arquitecto de la belleza de Dios *Dom Antoine Marie, O.S.B.*
- 32** Congreso anual de los Peregrinos de San Miguel y sesión de estudio sobre la Democracia Económica



Ediciones

Idiomas: inglés, francés, polaco, español.

Canadá y Estados Unidos: 2 años - \$ 10

Australia y Nueva Zelanda: 2 años - A \$ 32

Europa: 2 años - 20 □

Polonia: 2 años - \$ 20

América del Sur: 2 años - \$ 20

Otros países, correo aéreo: 1 año - \$ 20

«Hay que desarmar la inteligencia artificial»

Encíclica *Magnifica humanitas* de León XIV

El 15 de mayo de 2026, exactamente 135 años después de la encíclica *Rerum novarum* de León XIII, fechada el 15 de mayo de 1891, el papa León XIV firmó su primera encíclica, *Magnifica humanitas* («Magnífica humanidad»), sobre «la protección de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial». Se trata de un documento excepcional, en la línea de las grandes encíclicas sociales, que aborda un tema de enorme importancia para el futuro mismo de la humanidad.

En su edición de agosto-septiembre de 2025, la revista San Miguel publicó un amplio dossier sobre este tema, señalando los posibles peligros de la inteligencia artificial que, si no se toman medidas para contenerlos, representan una seria amenaza para la humanidad. Un documento del Vaticano publicado en enero de 2025, titulado *Antiqua et nova*, llegó incluso a afirmar lo siguiente:

«La IA (inteligencia artificial) puede resultar aún más seductora que los ídolos tradicionales porque, a diferencia de los ídolos que “tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen” (Sal. 115), puede “hablar” o, al menos, dar esa impresión» (cf. Apoc. 13,15, el versículo del Apocalipsis que hace referencia a la «Marca de la Bestia», sin la cual nadie podrá comprar ni vender).

La relación entre *Magnifica humanitas* y la encíclica *Rerum novarum* (expresión latina que significa «cosas nuevas») resulta bastante evidente, no solo por la fecha —el 15 de mayo—, sino también por el tema de la encíclica, que aborda las «nuevas revoluciones industriales» de nuestro tiempo. Dos días después de su elección a la Sede de Pedro, quien anteriormente era conocido como el cardenal Robert Francis Prevost explicó así la elección de su nombre como Sumo Pontífice, León XIV:

«León XIII, con la histórica encíclica *Rerum novarum*, abordó la cuestión social en el contexto de la primera gran revolución industrial; y hoy la Iglesia ofrece a todos su patrimonio de doctrina social para responder a otra revolución industrial y a los avances de la inteligencia artificial, que plantean nuevos desafíos para la defensa de la dignidad humana, la justicia y el trabajo.»

Estas palabras ya dejaban entrever cuál sería el tema de la primera encíclica del nuevo Papa. Para quienes no están familiarizados con el término, la palabra «encíclica» (del griego *enkyklios*, «circular») designa un documento pontificio solemne mediante el cual el Papa se dirige al conjunto de los obispos, a los fieles católicos o incluso a «todos los hombres y mu-



León XIV firmando la encíclica Magnifica humanitas el 15 de mayo de 2026 en el Vaticano, acompañado por monseñor Paolo Rudelli, sustituto para Asuntos Generales de la Secretaría de Estado.

jeres de buena voluntad», como sucede precisamente con *Magnifica humanitas*.

¿Por qué esta nueva encíclica de León XIV sobre la inteligencia artificial está dirigida a todos? Simplemente porque todos —gobiernos, empresas, educadores, familias, jóvenes, personas mayores y trabajadores— se verán afectados por la IA.

En términos generales, la primera encíclica de un Papa suele revelar las prioridades de su pontificado. *Magnifica humanitas* no constituye una excepción, pues León XIV desea contribuir a la actualización de la doctrina social de la Iglesia (véase la página 13).

El paralelismo entre *Rerum novarum* de León XIII y *Magnifica humanitas* de León XIV es particularmente significativo: así como *Rerum novarum* denunció los abusos de la revolución industrial, defendió a los trabajadores y sentó las bases de la doctrina social moderna, *Magnifica humanitas* denuncia los excesos de la revolución digital, defiende a la persona humana frente a los sistemas algorítmicos y actualiza la doctrina social para el siglo XXI.

Después de las máquinas industriales de la época de *Rerum novarum*, la Iglesia dirige ahora su atención hacia las máquinas inteligentes, comúnmente llamadas IA (inteligencia artificial): la relación humana no puede ser reemplazada por interfaces; la libertad no

► puede quedar absorbida por sistemas predictivos; la conciencia moral no puede delegarse en las máquinas. Se trata de una vigorosa defensa de la primacía de la persona humana sobre todos los sistemas —principio fundamental de toda la doctrina social de la Iglesia—, en un mundo que corre el riesgo de volverse cada vez menos humano.

Presentación de la encíclica

De manera excepcional, fue el propio León XIV quien presentó su primera encíclica en una conferencia de prensa ante los periodistas reunidos en el Vaticano, el 25 de mayo de 2026, con las siguientes palabras:



*Pope Leo XIV in the Synod Hall on May 25, 2026.
Photo: © Vatican Media*

«En los momentos clave de la historia, la Iglesia está llamada a descifrar «cosas nuevas» a la luz del Evangelio y de la dignidad de la persona. Hace 135 años, mi venerable predecesor León XIII observó la situación de los obreros, de sus familias desarraigadas y las nuevas formas de pobreza generadas por la rápida transformación industrial. Comprendió que la Iglesia no podía permanecer al margen. En un momento de cambio trascendental que amenazaba la dignidad humana, la encíclica *Rerum novarum* expresó su mensaje evangélico y social sobre las «cosas nuevas» que estaban ocurriendo.

«Hoy nos enfrentamos a una transformación de dimensiones similares, con consecuencias tal vez aún mayores. La inteligencia artificial ya afecta a muchos ámbitos de nuestra vida e incide en decisiones que moldean la convivencia humana. También está cambiando de manera dramática la forma en que se libra la guerra.

Al igual que el «León» anterior, me siento llamado a contemplar otra gran transformación con los ojos de

la fe, con la lucidez de la razón, con apertura al misterio y con los gritos de los pobres de la tierra resonando en mi corazón. (...) De esta escucha ha madurado una convicción alarmante expresada en *Magnífica humanitas*: la inteligencia artificial debe ser desarmada. Se trata de una palabra fuerte, lo sé, pero ha sido elegida deliberadamente porque este momento necesita palabras capaces de llamar la atención, despertar las conciencias e indicar el camino a seguir para la humanidad.

Las primeras líneas de la encíclica resumen, en pocas palabras, el desafío que la Iglesia —y toda la humanidad— debe afrontar:

«La magnífica humanidad que Dios ha creado se encuentra hoy ante una elección decisiva: levantar una nueva torre de Babel o edificar la ciudad donde Dios y la humanidad habiten juntos. Cada generación recibe como herencia la tarea de dar forma a su propio tiempo: hacer madurar la historia como un lugar donde se proteja la dignidad de cada persona, se promueva la justicia y se haga posible la fraternidad.

«Pero en cada época se cierne el riesgo de construir un mundo inhumano y más injusto. Allí donde la humanidad corre el peligro de perder su rostro, nosotros, los cristianos, alzamos los ojos hacia el Dios que se hizo carne, sabiendo que “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”.»

En otras palabras, tenemos la opción de construir un mundo sin Dios (como el ejemplo de la Torre de Babel en el Antiguo Testamento), donde el ser humano pierde su dignidad y es deshumanizado, o bien un mundo en el que las personas vivan en unión con Dios, una «civilización del amor», de justicia, ayuda mutua y caridad.

A continuación presentamos amplios extractos de la encíclica de León XIV. Los números de los párrafos corresponden a los utilizados en *Magnífica humanitas*. Lo que sigue constituye la primera de dos partes; la continuación de este artículo se publicará en el próximo número de la revista San Miguel.

Alain Pilote

por León XIV

Primera parte

Las “res novae” de nuestro tiempo

4. Si en su momento León XIII hablaba de “nuevos asuntos” (*rerum novarum*), hoy no podemos limitarnos simplemente a repetir sus valiosas enseñanzas, sino que debemos pedirle a Dios la sabiduría para interpretar las grandes tendencias de nuestro tiempo, en particular los avances de la técnica. En los últimos años se ha hecho cada vez más evidente cuán rápida y profundamente la digitalización, la inteligencia artificial (IA) y la robótica están transformando nuestro mundo. La técnica no debe considerarse, en sí misma, como una fuerza antagónica respecto a la persona... A lo largo de los siglos, el desarrollo tecnológico ha contribuido a una mejora significativa de las condicio-



La humanidad se enfrenta hoy a una elección decisiva: erigir una nueva Torre de Babel (Génesis, 11), un poder que pretende dominar el cielo, donde el ser humano pierde su dignidad y es deshumanizado, o bien construir un mundo donde los seres humanos vivan en unión con Dios, una «civilización del amor», de justicia, de ayuda mutua y de caridad. (Pintura de Peter Bruegel el Viejo, 1563.)

nes de vida de la humanidad; al mismo tiempo, cada etapa del progreso también ha puesto de manifiesto el lado ambiguo de instrumentos capaces de causar daño cuando no se orientan hacia el bien.

5. Ahora nos corresponde asumir con lucidez y responsabilidad los retos de nuestro tiempo. Es necesario adoptar instrumentos normativos adecuados, capaces de salvaguardar la justicia y de contener los efectos distorsionadores del poder tecnológico. Pero la cuestión no se limita a la regulación. Como advertía el Papa Francisco, **debemos preguntarnos con realismo quién detenta hoy ese poder y hacia qué fines lo orienta...**

En el pasado, eran principalmente los estados los que impulsaban y orientaban la innovación. Hoy, en cambio, los principales motores del desarrollo son actores privados, a menudo transnacionales, dotados de recursos y capacidad de acción superiores a los de muchos gobiernos. El poder tecnológico adquiere así un rostro inédito, predominantemente “privado”, y por ello aún más difícil de discernir, gobernar y orientar hacia el bien común.

Estamos viviendo una rápida fase de transición, un “cambio de época” en el que —mientras algunos se disputan el futuro de las nuevas tecnologías y otros se dedican a reflexionar sobre ellas— la mayoría de las personas permanece a la espera, observa desde lejos y simplemente aguarda a que todo salga bien. Precisamente por eso se imponen en nuestra conciencia preguntas decisivas, que ya no pueden eludirse: ¿Hacia dónde vamos? ¿Hacia qué meta deseamos orientarnos? ¿Qué dirección elegir como comunidad humana y como pueblos?

La tecnología no es neutral

Los descubrimientos científicos son un talento entregado a la humanidad para que lo haga fructificar (cf. Mt 25,14-30). La tecnología puede curar, conectar, educar, cuidar la Casa común; pero también puede dividir, descartar, generar nuevas injusticias. En abstracto, esta, en sí misma, no es una solución a los problemas de la humanidad, como tampoco es un mal en sí; pero, concretamente, no es neutral, porque toma

el rostro de quien la concibe, la financia, la regula, la utiliza. Por eso, la primera elección no es entre un “sí” o un “no” a la tecnología, sino entre construir Babel o reconstruir Jerusalén: entre un poder que pretende dominar el cielo y un pueblo que, en presencia de Dios, se pone a trabajar unido para levantar de nuevo las murallas de la convivencia fraterna.

Edificar en el bien

11. Edificar una ciudad centrada en el bien común exige, ante todo, edificar sobre la roca de la relación con Dios. Significa reconocer que la verdad de su amor nos llama a una vida «en abundancia» (Jn 10,10) y a la comunión con Él. Junto con san Agustín, también nosotros podemos decir: «Porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti». En efecto, Dios ha inscrito en nuestro corazón un deseo de felicidad que abraza todas las dimensiones de la vida; y la Iglesia, en el diálogo con los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, siente la urgencia de custodiar y orientar esa aspiración hacia su verdad más profunda.

12. En segundo lugar, edificar en el bien significa aceptar los límites y la fragilidad de la humanidad sin considerarlos un error que haya que corregir. Hoy en día, el deseo de plenitud del ser humano corre el riesgo de desviarse hacia metas engañosas: la ilusión de una tecnología que promete liberarnos de toda fragilidad o modelos de bienestar que “dejan atrás” a pueblos enteros. *(Nota de la Redacción: implantes electrónicos que, como propone Elon Musk, podrían corregir nuestras discapacidades o convertirnos en superhumanos), o modelos de bienestar que dejan de lado a pueblos enteros.)*

No es raro que pongamos nuestra esperanza en un potencial ilimitado, en formas de progreso que pueden agudizar las desigualdades, en soluciones inmediatas incapaces de sanar las heridas de los pueblos. Así, mientras algunos persiguen la quimera de una autoafirmación ilimitada, muchos carecen de lo necesario. La Iglesia recuerda, con voz humilde pero firme, que la verdadera realización no nace de la eliminación de las fragilidades, sino de un crecimiento

- armonioso: allí donde la libertad y la responsabilidad se entrelazan con el cuidado recíproco y la verdadera solidaridad, y donde el progreso se mide por la dignidad de cada uno y por el bien de los pueblos.

Permanecer siendo humanos

15. En el reciente Jubileo ordinario del 2025, hemos caminado como peregrinos de la esperanza y hemos sido colmados de gracias. Fortalecidos por estos dones, podemos avanzar con ánimo confiado ante las arduas tareas y los exigentes desafíos que se perfilan en nuestro futuro. En la era de la inteligencia artificial, en la que la dignidad humana corre el riesgo de verse eclipsada por nuevas formas de deshumanización, tenemos el deber urgente de permanecer profundamente humanos, custodiando con amor esa magnífica humanidad que se nos ha dado y revelado en plenitud en Cristo, y que ninguna máquina podrá jamás sustituir en su esplendor. El verdadero progreso nace siempre de un corazón abierto al otro, de una inteligencia dispuesta a escuchar, de una voluntad que busca lo que une más que lo que separa... Con ánimo de pastor y de padre, pido a todos que detengan la construcción de la enésima Babel y que unan fuerzas para edificar en el bien, para que la humanidad nunca pierda su propia belleza y el mundo pueda reconocer una vez más, en el corazón del ser humano, el lugar donde Dios desea habitar.

(Nota de la Redacción: En el primer capítulo de Magnífica humanitas, León XIV ofrece un brillante resumen del desarrollo de la doctrina social de la Iglesia, desde León XIII hasta nuestros días, recorriendo las grandes encíclicas sociales. Este capítulo se reproduce en la página 13 del presente número de la revista San Miguel.)

Los principios fundamentales de la doctrina social

El segundo capítulo de *Magnífica humanitas* expone los principios fundamentales de la doctrina social de la Iglesia: la primacía o dignidad de la persona humana, el bien común, la destinación universal de los bienes, la subsidiariedad, la solidaridad y la justicia social.

50. En el centro de la visión cristiana del ser humano está la gran afirmación según la cual el hombre y la mujer son creados “a imagen y semejanza” (cf. Gn 1,26-27) del Dios trinitario. Cada persona, hecha constitutivamente para la relación, es pensada y querida por Dios para entrar en una historia de comunión con Él, con los demás y con la creación. Su dignidad no depende de las capacidades que posee, de las riquezas o del rol que desempeña, ni de las decisiones justas o equivocadas que toma, sino que es un don que la precede y la excede, dado por Dios como expresión de su amor que nunca falla. Por eso, la persona humana permanece siempre como «el camino primero y fundamental de la Iglesia» y el corazón de toda auténtica vía de desarrollo humano integral.

55. Los derechos humanos son inviolables, porque son «inherentes a la persona humana y a su dignidad». En consecuencia, son universales e inalienables. Precisamente porque están fundados en la común dignidad de todo hombre y de toda mujer, estos derechos comportan consecuencias prácticas y efectos jurídicos, porque «sería vano proclamar derechos, si al mismo tiempo no se pone en práctica todo lo necesario para asegurar el deber de respetarlos, por todos, en todas partes y para todos». Entre estos, el primer derecho humano es el derecho a la vida, desde la concepción hasta su fin natural, sin el cual es imposible ejercitar cualquier otro derecho. Cuando este derecho fundamental es negado —como sucede con el aborto provocado, el asesinato de inocentes y la eutanasia— nos encontramos frente a decisiones que la Iglesia juzga gravemente ilícitas.

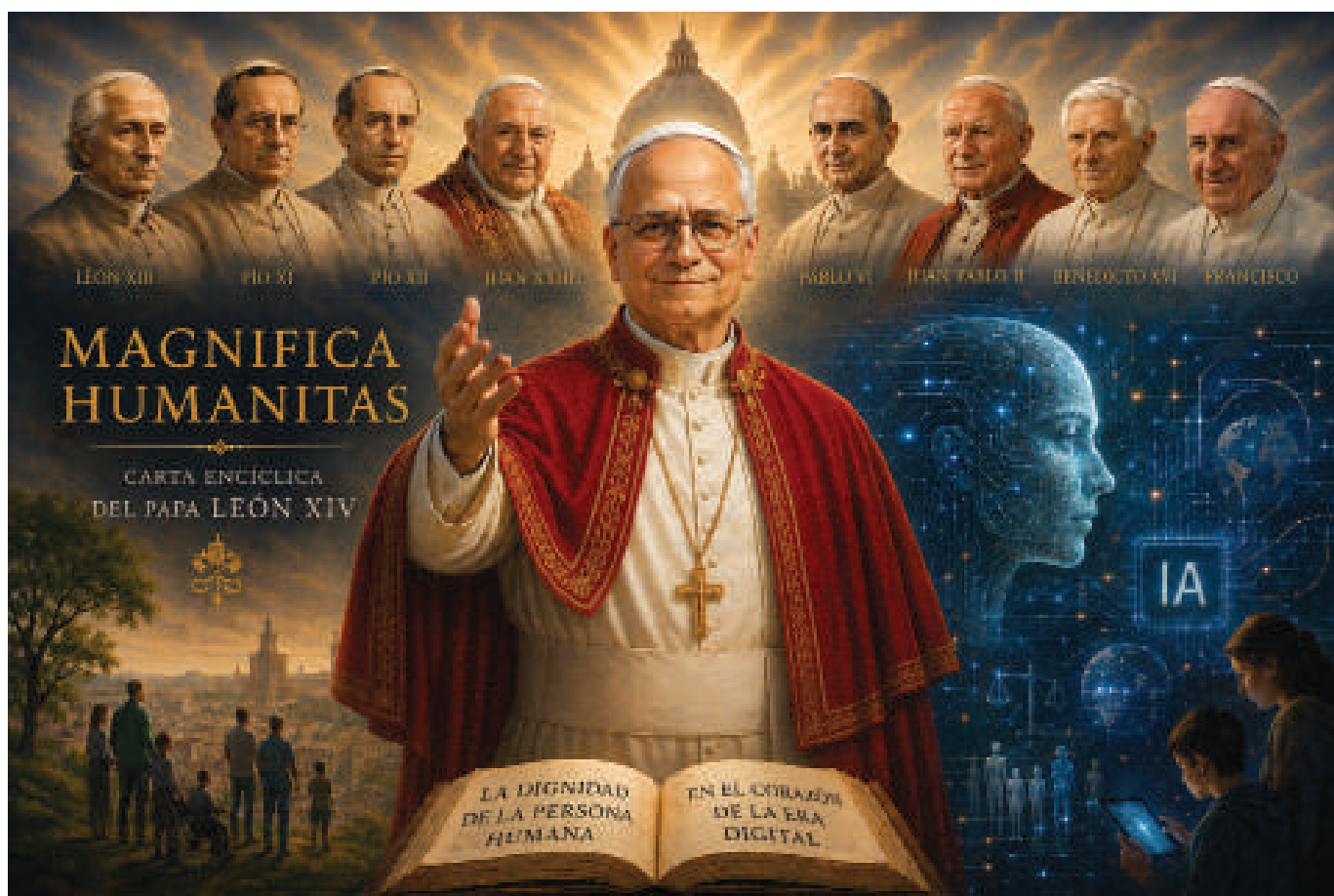
El principio del bien común

59. Reconocer que toda mujer y todo hombre poseen una dignidad inalienable y derechos que ningún poder humano puede perjudicar o eliminar requiere configurar el modo en el que vivimos juntos, nuestras decisiones económicas y políticas, el rostro concreto de nuestras ciudades. De aquí nace el primer gran principio de la Doctrina social al que deseo referirme: el bien común. Podemos describirlo como la forma social de la dignidad que se reconoce a cada uno.

Cuando Benedicto XVI hizo alusión a los valores no negociables que la Iglesia siempre debe defender, incluyó entre estos «la promoción del bien común». Para un cristiano, en efecto, salir del pequeño mundo de sus propios intereses y comprometerse por el bien común —en los límites de sus propias posibilidades— es un valor no negociable, como lo es la promoción de la vida.

60. El Concilio Vaticano II ha afirmado que el bien común consiste en «el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección». Esta definición nos ofrece una primera orientación valiosa, porque el bien común no se puede reducir a un simple listado de condiciones o de instituciones. No coincide con la suma de méritos de los individuos, ni con la unión de sus intereses particulares; es un bien mayor, que pertenece a todos, y que sólo juntos podemos construir, acrecentar y custodiar. Podemos decir que la acción social alcanza su plenitud cuando tiende a este bien compartido, así como la acción moral de la persona encuentra cumplimiento en la elección del verdadero bien.

63. Corresponde al Estado garantizar la cohesión, la unidad y una justa organización de la sociedad civil, para que el bien común realmente pueda ser procurado con la contribución de todos. Esto significa, en concreto, que el poder público tiene la delicada tarea de «armonizar con justicia» los diversos intereses en juego, buscando el equilibrio entre bienes particulares y bienes de conjunto, sin dejar atrás a los más débiles.



Cuando la política renuncia a una visión a largo plazo y se reduce a cálculos de corto plazo o a polarizaciones estériles, los discursos sobre el bien común pierden credibilidad, y al mismo tiempo crecen las desigualdades y las fracturas sociales.

El principio del destino universal de los bienes

65. «Entre las múltiples implicaciones del bien común, adquiere inmediato relieve el principio del destino universal de los bienes». Este principio nos recuerda sobre todo que los bienes de la tierra —el suelo, el agua, el aire y los recursos naturales— han sido dados por Dios a toda la familia humana para sostener la vida de todos, hoy y en las futuras generaciones, y que toda persona tiene un derecho originario al uso de dichos bienes. San Juan Pablo II recordaba que «Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno». En consecuencia, «no es conforme con el designio de Dios, usar este don de modo tal que sus beneficios favorezcan sólo a unos pocos». Hoy estamos llamados a reconocer que este destino universal no se refiere sólo a los bienes materiales, sino también a los bienes inmateriales y culturales.

66. Existe un derecho a la propiedad privada que tiene su sentido y su función propia, pero siempre subordinado al destino universal de los bienes. Según san Juan Pablo II, dicha subordinación es la regla de

oro del comportamiento social y el «primer principio de todo el ordenamiento ético-social». La tradición de la Iglesia ha visto en la propiedad un medio para custodiar y administrar los bienes de manera que puedan servir mejor al bien común. Dado que «la tradición cristiana nunca reconoció como absoluto o intocable el derecho a la propiedad privada», su función social no debe ser considerada como una mera opinión teológica, sino como una doctrina cierta de la Iglesia, ya presente en las Sagradas Escrituras y en los Padres. Por eso, el Papa Francisco recordó que la solidaridad, vivida en profundidad, significa también «devolverle al pobre lo que le corresponde».

La IA también es un bien común

La democracia económica, o Crédito Social, enseña que cada ser humano es dueño de un capital, coheredero de las riquezas naturales y del progreso (los inventos humanos, la tecnología), y por lo tanto debe recibir un dividendo. Este dividendo se basa en dos cosas: la herencia de los recursos naturales y los inventos de las generaciones pasadas. Esto es exactamente lo que escribió San Juan Pablo II en 1981 en su encíclica *Laborem exercens*, sobre el trabajo humano (n.º 13):

«El hombre, con su trabajo entra en un doble patrimonio, es decir, en el patrimonio de lo que ha sido dado a todos los hombres con los recursos de la naturaleza y de lo que los demás ya han elaborado ►

► **anteriormente sobre la base de estos recursos, ante todo desarrollando la técnica, es decir, formando un conjunto de instrumentos de trabajo, cada vez más perfectos: el hombre, trabajando, al mismo tiempo reemplaza en el trabajo a los demás.»**

En su encíclica *Centesimus Annus* de 1991, en el n.º 32, san Juan Pablo II precisaba que las nuevas tecnologías también formaban parte de este patrimonio común a todos: «Al poner a disposición de la sociedad bienes nuevos, totalmente desconocidos hasta hace poco tiempo, la etapa histórica actual exige una relectura del principio de la destinación universal de los bienes de la tierra, haciendo necesaria una ampliación que comprenda también los frutos del reciente progreso económico y tecnológico». (*Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, n.º 179.) Por lo tanto, hay que incluir entre estas nuevas tecnologías la IA, que debería ponerse al servicio de la población, y no dominarla ni controlarla.

Esto es lo que reitera León XIV en *Magnifica humanitas*, en el n.º 67:

Hoy, entre los bienes que están destinados universalmente a todos, debemos incluir también las nuevas formas de propiedad: patentes, algoritmos, plataformas digitales, infraestructuras tecnológicas, datos. En un contexto donde la riqueza de las naciones depende cada vez más de conocimientos y tecnologías, cuando estos bienes quedan concentrados en las manos de unos pocos, sin adecuadas formas de intercambio y de acceso, se crea un nuevo desequilibrio que contradice el destino universal de los bienes y alimenta la brecha entre incluidos y excluidos, entre quienes pueden participar en la revolución digital y quienes permanecen al margen.

Además, el cuidado de la Casa común y la responsabilidad hacia los pobres y hacia las generaciones futuras requieren que el uso de los bienes de la creación y de las nuevas posibilidades ofrecidas por la técnica esté regulado de tal modo que respete el ambiente y evite despilfarros y nuevas formas de estafa. (Nota de la redacción: cada vez más personas comienzan, con razón, a cuestionar las enormes cantidades de energía que se requieren para alimentar los nuevos centros de datos necesarios para la IA).

El principio de subsidiariedad

68. El principio de subsidiariedad nace de la misma visión sobre la persona que ha guiado nuestra reflexión sobre la dignidad y el bien común. Si toda mujer y todo hombre están llamados a ser protagonistas de su propia vida y a participar en la construcción de la sociedad, entonces también la organización social debe respetar y favorecer esta responsabilidad. La Doctrina social de la Iglesia llama “subsidiariedad” al principio según el cual aquello que pueden hacer las personas, las familias, las comunidades locales y los cuerpos intermedios no debe ser absorbido por instancias superiores. Las instituciones de nivel superior

deben reconocer, proteger y promover la libertad y la creatividad de los niveles inferiores, coordinando sus aportaciones para que cooperen eficazmente al bien común.

69. Desde el inicio del Magisterio social moderno, a partir de León XIII, la Iglesia ha insistido en el hecho de que ni la persona ni la familia deben ser absorbidas por el Estado, sino que deben actuar libremente, en la medida de lo posible, sin causar daño al bien común. San Juan Pablo II retomó y profundizó esta perspectiva, recordando que la comunidad política está al servicio de la sociedad civil y que el Estado debe velar por el bien común, interviniendo cuando sea necesario, pero sin sustituir de manera permanente la responsabilidad de los cuerpos intermedios y de las entidades sociales. La subsidiariedad no justifica el desinterés del Estado, sino que orienta su acción; la intervención pública se requiere precisamente para permitir que todos los sujetos sociales desarrollen su misión sin ser aplastados. Corresponde a la comunidad política crear las condiciones para que personas, familias, asociaciones y cuerpos intermedios puedan realizar su propia vocación social, sin ser sustituidos o reducidos a meros ejecutores.

70. Este principio alienta a superar toda forma de gestión paternalista o asistencialista de la vida social, promoviendo un estilo de corresponsabilidad: un Estado que valora la iniciativa de los ciudadanos y una sociedad civil capaz de generar vínculos y activar energías al servicio del bien común. En una lógica de subsidiariedad, las decisiones se toman al nivel más cercano posible a las personas involucradas, valorando la vida asociativa, de modo que el pueblo no se encuentre frente a decisiones ya tomadas, sino que pueda entrar en su camino de construcción. Allí donde familias, asociaciones, comunidades locales, realidades del voluntariado y del denominado “tercer sector” son reconocidas y sostenidas, la vida social se vuelve más cercana a las personas, los servicios se brindan con mayor atención a las necesidades reales y las respuestas son más creativas y respetuosas de la dignidad de cada uno.

71. El principio de subsidiariedad vale de manera particular en el contexto de la revolución digital. Aquí el nivel superior no es el Estado, sino todo gran actor económico y tecnológico que ejerce un poder fáctico sobre las condiciones de la vida común. El nivel que absorbe competencias, datos y capacidad decisional está constituido por empresas y plataformas, que definen condiciones de acceso, reglas de visibilidad, formas de relación e incluso oportunidades económicas. La subsidiariedad requiere que dichos procesos no se impongan desde lo alto de modo opaco y unilateral, sino que estén orientados al bien común mediante la transparencia, la responsabilidad y formas reales de participación (auditorías independientes, transparencia en los algoritmos, acceso equitativo a los datos, herramientas de apelación).

El primer derecho humano es el derecho a la vida, desde la concepción hasta su fin natural, sin el cual es imposible ejercitar cualquier otro derecho. Cuando este derecho fundamental es negado —como sucede con el aborto provocado, el asesinato de inocentes y la eutanasia— nos encontramos frente a decisiones que la Iglesia juzga gravemente ilícitas. — *Magnifica humanitas*, 55

72. En este contexto, los estados y las instituciones supranacionales están llamados a garantizar reglas justas y mecanismos de protección eficaces para que las comunidades locales, los cuerpos intermedios, las escuelas y las universidades, así como las realidades eclesiales y asociativas puedan tener voz y contribuir al discernimiento de las decisiones que inciden en la vida de las personas: trabajo, acceso a los servicios, gestión de los datos y ambientes digitales. En las decisiones que se refieren a los flujos económicos, las plataformas digitales, la gestión de los datos y los algoritmos, no se puede dejar que pocos actores por sí solos orienten los procesos, sino que es necesario construir formas de cooperación que respeten los diversos niveles de la comunidad mundial y los hagan corresponsables del bien común.

El principio de solidaridad

73. Después de haber considerado el bien común y la subsidiariedad, deseo detenerme en el principio de solidaridad. Este principio nace de la visión de persona concebida por la fe; todo ser humano es creado a imagen de Dios e incorporado a una red de relaciones que lo vinculan a los demás, a los pueblos y a la creación. San Pablo VI recordaba que las obligaciones de solidaridad, justicia y caridad están radicadas en la fraternidad humana y sobrenatural que une a los hombres y a los pueblos entre ellos. La fraternidad no es solamente una aspiración interior del que cree, sino una forma social y política que se ha de encarnar en decisiones e itinerarios compartidos. La solidaridad, pues, es el reconocimiento concreto de que el destino de cada uno está ligado al destino de todos; realmente «nadie se salva solo».

Así se manifiesta de manera evidente el estrecho vínculo entre subsidiariedad y solidaridad. Cuando la subsidiariedad no está acompañada de la solidaridad, termina por transformarse en la simple protección de intereses particulares; cuando la solidaridad no está sostenida por la subsidiariedad, degenera en asistencialismo que no promueve la responsabilidad. Este entramado remite también a la responsabilidad de una auténtica participación; la solidaridad se expresa cuando cada uno, personalmente y junto con los demás, toma parte en la vida de la comunidad —se informa, se asocia, hace sentir su propia voz, contribuye a las decisiones y a las opciones públicas— asumiendo responsabilidades reales para que el bien común se

traduzca en toma de decisiones compartidas.

74. En muchos ámbitos experimentamos ya una especie de “solidaridad de hecho”; nuestras vidas están entrelazadas, las economías y las comunicaciones globales hacen que aquello que sucede en un lugar produzca efectos lejanos, y las redes digitales unen en tiempo real a personas y comunidades de todas partes del mundo. Sin embargo, esta trama de relaciones no es aún solidaridad en sentido pleno si no se convierte en una decisión consciente. La fe nos invita a leer esta realidad como una llamada; no somos simplemente vecinos unos de otros, sino que estamos confiados los unos a los otros, para que cada uno se haga cargo, en la medida de lo posible, de la vida y de las heridas del hermano y de la hermana. La solidaridad nace precisamente cuando decidimos no permanecer indiferentes frente a aquello que le sucede a nuestro prójimo y transformamos vínculos inevitables —económicos, culturales y tecnológicos— en itinerarios de intercambio, de cooperación y de cuidado mutuo, aprendiendo a «pensar y actuar en términos de comunidad».

75. El Magisterio social ha insistido en el hecho de que la solidaridad es al mismo tiempo un principio y una virtud. En cuanto principio, expresa el orden objetivo de las relaciones entre personas, grupos y pueblos, y alude a la conciencia de una interdependencia, por lo que el bien de cada uno pasa a través del bien de los demás. En cuanto virtud, requiere en cambio una «determinación firme y perseverante» de trabajar por el bien común, con una atención particular a los más débiles. El Papa Francisco ha recordado que la solidaridad es «un modo de hacer historia» que construye pueblos y no simples masas de individuos. Por eso, implica estilos de vida sobrios y compartidos, capacidad de renunciar a beneficios inmediatos para abrir espacios de futuro a los demás, y disponibilidad para cuestionar hábitos y privilegios —incluidos aquellos que están vinculados al consumo digital y al uso de las tecnologías— cuando impiden que los demás vivan con dignidad.

76. En un mundo marcado por relaciones cada vez más estrechas entre personas, comunidades y na- ►



► ciones, la solidaridad asume también una dimensión global. Benedicto XVI señaló con fuerza el nexo entre desarrollo, justicia y responsabilidad hacia las generaciones futuras, recordando que el auténtico progreso requiere una solidaridad intergeneracional y una atención a los lazos que nos unen con el ambiente natural. Hoy esta responsabilidad se extiende también a las infraestructuras digitales e informativas; como el ambiente natural, también el “ecosistema digital” puede ser cuidado o explotado, compartido o monopolizado. La solidaridad requiere que las decisiones en materia de datos, algoritmos, plataformas e IA tengan en cuenta no sólo el beneficio inmediato de algunos, sino el impacto en todos los pueblos y en las generaciones futuras.

El principio de la justicia social

77. Para la comunidad cristiana, la justicia social es una forma concreta de seguimiento de Jesús y de fidelidad a su Evangelio. En el Nuevo Testamento, Jesús anuncia una «Buena Noticia a los pobres» (Lc 4,18) y se identifica con los pequeños, los enfermos, los presos y los extranjeros (cf. Mt 25,31-46). Así nos enseña que la justicia nace y se realiza en la fraternidad, porque el modo en el que nos acercamos a los últimos y nos relacionamos con ellos se convierte, en concreto, en la medida de nuestra relación con Dios y con los hermanos. La justicia, sin embargo, no se refiere solamente al comportamiento de los individuos, sino también al modo en el que son concebidas y organizadas las estructuras de la convivencia. A este respecto, el Concilio Vaticano II recuerda que toda institución está llamada a servir a la persona humana y a su dignidad. La justicia social se reconoce, entonces, por la capacidad de un orden social, económico y político que permita a todos —y en particular a los más frágiles— vivir de manera realmente humana, sin que ninguno se quede atrás.

78. El Magisterio reciente ha insistido en el hecho de que la justicia social exige una mirada cuyo punto de partida sean los últimos. San Juan Pablo II habló de una opción preferencial por los pobres [106] que debe marcar las decisiones personales y sociales, mientras el Papa Francisco denunció una «cultura del “descarte”» que provoca cada vez más formas nuevas de exclusión. En esta perspectiva, la justicia social exige mirar a las personas y a los pueblos comenzando por los que son más vulnerables: los pobres, los migrantes, los refugiados, los desplazados internos, las víctimas de la violencia, las personas que viven en periferias urbanas o existenciales.

79. La idea de “justicia social” ayuda a reconocer que las injusticias no nacen sólo de decisiones equivocadas de los individuos, sino también de estructuras, mecanismos, sistemas económicos y culturales que producen desigualdad casi automáticamente. San Juan Pablo II habló en este sentido de estructuras de pecado que se oponen a la voluntad de Dios y requieren un esfuerzo de conversión personal y social.

(Nota de la redacción: Al referirse a las estructuras de pecado, León XIV hace aquí referencia a la encíclica **Sollicitudo rei socialis** de San Juan Pablo II, en el párrafo 37: **«Entre los actos o actitudes... contrarios a la voluntad de Dios y al bien del prójimo, y las “estructuras” que estos generan, dos elementos parecen hoy ser los más característicos: por un lado, el deseo exclusivo de lucro y, por otro, la sed de poder con el fin de imponer a los demás la propia voluntad»**. Sin duda, esta actitud o comportamiento se puede aplicar a los grandes financieros internacionales: una vez que tienen más dinero del que jamás podrán gastar, el siguiente paso es querer imponer su voluntad a los demás.)

«En esta perspectiva, la justicia no concierne sólo a la distribución equitativa de los bienes o a la corrección de las injusticias presentes, sino que asume también una dimensión reparadora. Ella mira a recomponer los vínculos rotos y a reintegrar al que ha sido excluido, teniendo en cuenta las heridas provocadas por las injusticias: guerras, colonialismo, discriminaciones raciales o de género, violencia contra pueblos enteros y explotación. Esto puede significar restituir dignidad y voz a quienes han sido ignorados, favorecer procesos de sanación de la memoria colectiva, combatir leyes y prácticas discriminatorias, y sostener concretamente a quienes cargan aún con las consecuencias de agravios sufridos en el pasado.»

El desarrollo humano integral

82. En la Encíclica *Populorum progressio*, san Pablo VI afirma que el desarrollo es auténtico sólo si es “integral”, es decir, dirigido a «promover a todos los hombres y a todo el hombre». En los decenios sucesivos, la Doctrina social de la Iglesia ha retomado y profundizado esta expresión para indicar el modo concreto en el cual los grandes principios —dignidad, bien común, destino universal de los bienes, subsidiariedad, solidaridad y justicia social— se aplican en la historia. Por “desarrollo humano integral” entendemos un proceso en el cual el crecimiento de las personas y de los pueblos abarca todas las dimensiones de la existencia y abre el futuro también a las generaciones venideras.

83. El desarrollo, tanto para las personas como para las naciones, es una tarea y al mismo tiempo un derecho; requiere condiciones mínimas que hagan posible a cada persona y a cada pueblo madurar según la propia dignidad, sin ser mantenidos en dependencia o excluidos del acceso a los bienes necesarios. El desarrollo es humano cuando pone en el centro a las personas y no la acumulación de bienes, y cuando se refiere también a los pueblos, no sólo a los individuos. La justicia exige el reconocimiento de los derechos sociales y de los derechos de los pueblos, e incluye la responsabilidad hacia los que vendrán después de nosotros. Por eso no es humano un desarrollo que aumenta el consumo de algunos a expensas de costos y

Los seis grandes principios de la doctrina social de la Iglesia:

DIGNIDAD DE LA PERSONA HUMANA

Cada persona es sagrada, creada a imagen de Dios, y debe ser respetada y valorada.



DESTINACIÓN UNIVERSAL DE LOS BIENES

Los bienes de la tierra están destinados a todos. Los bienes tienen como fin una destinación universal.



SOLIDARIDAD

Todos somos responsables los unos de los otros, especialmente de los más pobres y de los más vulnerables.



BIEN COMÚN

El bien común es el conjunto de condiciones sociales que permiten a las personas y a los grupos alcanzar más plena y fácilmente su propia realización.



SUBSIDIARIEDAD

Las cuestiones deben ser atendidas por la instancia más pequeña, más cercana o menos centralizada competente. La autoridad superior debe acompañar, no sustituir.



JUSTICIA SOCIAL

La justicia social exige el respeto de los derechos y deberes de cada persona, y una distribución equitativa de los bienes y de las oportunidades.



Una sociedad justa y fraterna
— a la luz del Evangelio —

heridas en otros, o que relega regiones enteras a roles subordinados impidiéndoles expresar sus propias potencialidades. El desarrollo es integral cuando no se reduce al ámbito económico, sino que promueve la calidad de vida en sus dimensiones espirituales, culturales, morales y relacionales, en el respeto a la Casa común, a la diversidad de los pueblos y a sus modos de vivir.

84. La idea de desarrollo humano integral encuentra hoy un criterio decisivo de verificación en la ecología integral, convertida en una dimensión imprescindible de la Doctrina social de la Iglesia. La calidad del desarrollo, de hecho, se mide por su capacidad de mantener unidos, sin separar, la justicia hacia las personas y la custodia de la Casa común, favoreciendo condiciones de vida digna, acceso a los bienes necesarios, relaciones sociales justas, cuidado de la creación y atención a las generaciones futuras. De ahí se sigue que no es verdadero progreso aquello que aumenta el bienestar de algunos degradando los ecosistemas, descargando costos sobre las comunidades más vulnerables o comprometiendo las condiciones

de vida de quienes vendrán después de nosotros.

85. Así comprendido, el desarrollo humano integral es el horizonte en el cual se han de leer las transformaciones de nuestro tiempo, incluyendo las de la revolución digital. Las innovaciones tecnológicas —incluida la inteligencia artificial— no son neutrales; pueden aumentar la participación y la justicia, o ampliar las desigualdades, el control y la exclusión. Por eso, han de ser examinadas con una pregunta decisiva: ¿contribuyen realmente a hacer crecer a las personas y a los pueblos en humanidad y fraternidad, en el respeto a la Casa común y a las generaciones futuras?

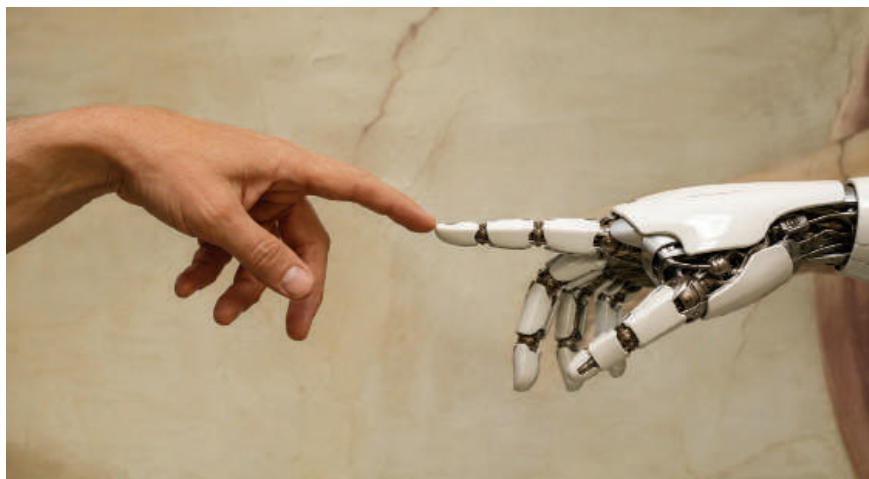
Es aquí donde los principios de la Doctrina social se vuelven criterios concretos de discernimiento en los ámbitos que afrontaremos en los próximos capítulos.

Los peligros de la inteligencia artificial

La IA puede convertirse en un instrumento peligroso dependiendo de quiénes la controlen y cuáles sean sus intenciones. León XIV escribe:

«Hay que evitar el equívoco de equiparar esta “inteligencia” a la humana.... Tampoco tienen una conciencia moral: no juzgan el bien y el mal, no captan el sentido último de las situaciones ni asumen el peso de las consecuencias.»

► **Magnífica humanitas, 99**



92. En la Encíclica *Laudato si'* el Papa Francisco denunciaba el creciente afianzamiento de un paradigma tecnocrático en el mundo globalizado: la tendencia a dejar que la lógica de la eficiencia, del control y del lucro gobierne por sí sola las decisiones personales, sociales y económicas. Así se manifiesta con mayor evidencia que la técnica no es un simple instrumento y que, cuando se vuelve criterio, termina por establecer qué cuenta y qué puede descartarse, reduciendo la creación a un objeto de explotación y a las personas a engranajes de un sistema que sea cada vez más eficaz.

95. Aquí es necesario reconocer un aspecto decisivo, que ya he mencionado antes: en muchos casos, en el contexto digital, el control de las plataformas, las infraestructuras, los datos y la capacidad de cálculo no es prerrogativa de los estados, sino de grandes actores económicos y tecnológicos que, de hecho, determinan las condiciones de acceso, las reglas de visibilidad y las mismas posibilidades de participación. Cuando un poder de tal magnitud se concentra en pocas manos, tiende a hacerse opaco y a eludir el control público, y crece el riesgo de un desarrollo distorsionado que provoca nuevas dependencias, exclusiones, manipulaciones y desigualdades.

¿Qué es la IA? No es inteligencia...

99. No es posible dar una definición única y completa de la IA. Lo que podemos decir es que hay que evitar el equívoco de equiparar esta “inteligencia” a la humana. Estos sistemas imitan ciertas funciones de la inteligencia humana. Al hacerlo, a menudo la superan en velocidad y amplitud de cálculo, ofreciendo beneficios concretos en numerosos campos. Y, sin embargo, esta potencia sigue ligada exclusivamente al tratamiento de datos: las denominadas inteligencias artificiales no viven una experiencia, no poseen un cuerpo, no pasan por la alegría y el dolor, no maduran en las relaciones ni conocen desde dentro lo que significan el amor, el trabajo, la amistad y la responsabilidad. Tampoco tienen una conciencia moral: no juzgan el bien y el

mal, no captan el sentido último de las situaciones ni asumen el peso de las consecuencias.

Pueden imitar lenguajes, comportamientos, valoraciones; pueden simular empatía o comprensión, pero no conocen lo que producen, porque no residen en el horizonte afectivo, relacional y espiritual en el que el ser humano se vuelve sabio. Incluso cuando dichos instrumentos se presentan como capaces de “aprender”, lo hacen de modo diferente al de la persona humana. No es la experiencia de quien se deja modelar por la vida y crece en el tiempo por medio de decisiones, errores, perdón y fidelidad; es más bien una adaptación estadística a partir de datos y retroalimentaciones, que puede ser muy eficaz, pero no implica un crecimiento interior.

Nota de la redacción: El 28 de enero de 2025, a petición del Santo Padre, el Dicasterio para la Doctrina de la Fe y el Dicasterio para la Cultura y la Educación emitieron una nota titulada *Antiqua et nova* sobre «la relación entre la inteligencia artificial y la inteligencia humana», que decía prácticamente lo mismo que León XIV:

«Por lo tanto, aunque la IA pueda simular ciertos aspectos del razonamiento humano y realizar ciertas tareas con una rapidez y eficacia increíbles, sus capacidades computacionales representan solo una fracción de las posibilidades más amplias de la mente humana. Así pues, actualmente no puede (...) A la luz de esto, como señala el Papa Francisco, “el mero uso de la palabra ‘inteligencia’ en referencia a la IA ‘es engañoso’ y corre el riesgo de pasar por alto lo más valioso de la persona humana. Desde esta perspectiva, la IA no debe considerarse como una forma artificial de inteligencia, sino como uno de sus productos.” ♦

León XIV

Fin de la primera parte. En el próximo número de Vers Demain, publicaremos la continuación (y el final) de este artículo, que abordará las amenazas concretas que plantea la IA sobre aspectos fundamentales de la vida humana, así como las formas de contrarrestarlas y de «desarmar» a la IA.

El desarrollo de la doctrina social de la Iglesia

De *Rerum Novarum* a *Magnifica Humanitas*

Especialmente desde el papa León XIII y su encíclica **Rerum novarum** de 1891, la Iglesia católica ha desarrollado una doctrina social que establece principios de justicia para la vida en sociedad, lo que la lleva necesariamente a denunciar las condiciones económicas injustas. Sin embargo, algunas personas, poco familiarizadas con la doctrina de la Iglesia, pueden sorprenderse y decir que no es asunto de la Iglesia ocuparse de cuestiones materiales o de problemas económicos, y que debería limitarse a un discurso espiritual, centrado en la salvación de las almas.

Si la Iglesia interviene en las cuestiones sociales y ha desarrollado un conjunto de principios conocidos como “doctrina social de la Iglesia”, es esencialmente porque, como decía el Papa Benedicto XV, **«es en el terreno económico donde está en peligro la salvación de las almas»**. Su sucesor inmediato, el Papa Pío XI, escribía también:

«Es exacto decir que tales son actualmente las condiciones de la vida económica y social que un número muy considerable de hombres encuentra en ellas las mayores dificultades para realizar la obra, la única necesaria, de su salvación». (Quadragesimo anno, 15 de mayo de 1931).

Pío XII se expresaba de manera semejante: **«¿Cómo podría permitirse a la Iglesia, Madre tan amante y preocupada por el bien de sus hijos, permanecer indiferente ante sus peligros, callar o fingir no ver y no comprender las condiciones sociales que, voluntaria o involuntariamente, hacen ardua y prácticamente imposible una conducta cristiana conforme a los mandamientos del Soberano Legislador?»** (Radiomensaje del 1 de junio de 1941).

Y así hablan todos los papas, incluido León XIV en la actualidad, tal como lo expresa en el párrafo 3 de su encíclica *Magnifica humanitas*:

«Con ese documento (*Rerum novarum*), mi querido Predecesor (León XIV) impulsó aquella reflexión sobre la sociedad, la economía y la política que hoy llamamos “Doctrina social de la Iglesia”. Y cuando algunos objetaban que la Iglesia no debía desperdiciar energías en cuestiones mundanas, sino preocuparse por comunicar un mensaje de vida eterna, él respondía con realismo y sabiduría que el anuncio del Evangelio no puede olvidar la vida concreta de los pueblos. Han pasado muchas décadas desde entonces, y el Magisterio, los pastores, los teólogos y los fieles han seguido reflexionando sobre las cuestiones sociales a la luz del Evangelio.»

En el primer capítulo de su primera encíclica, León XIV presenta una síntesis, un resumen notable de la evolución de la doctrina social de la Iglesia, desde la *Rerum novarum* de León XIII en 1891 hasta la actualidad, 135 años después, pasando por todas las encíclicas sociales publicadas por los distintos papas durante ese período, y explicando, para cada una de ellas, qué elementos siguen siendo relevantes en 2026. El texto que sigue reproduce casi en su totalidad este primer capítulo (los números corresponden a los párrafos de la encíclica):

Un pensamiento dinámico fiel al Evangelio

17. En este primer capítulo mi intención es recordar, de manera sintética, el camino a través del cual la Doctrina social de la Iglesia ha ido tomando forma en el Magisterio reciente de los Papas y del Concilio Vaticano II, para poner de relieve su carácter dinámico. En cada época, de hecho, las *res novae* instan a esta enseñanza a medirse con las preguntas de la historia a la luz de la Verdad revelada. Por eso, también la IA debe entenderse no como un apéndice temático, o como una emergencia que hay que gestionar, sino como una transformación que interpela desde dentro las categorías de la Doctrina social y exige un mayor desarrollo de la misma, en fidelidad al Evangelio.

21. La Iglesia no pretende asumir las funciones que competen al Estado; por el contrario, valora su servicio al bien común y reconoce con convicción la responsabilidad que las instituciones civiles ejercen en la sociedad. Al mismo tiempo, la misión que se le ha confiado la lleva a no permanecer distante de los sufrimientos concretos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Su cercanía no nace de la intención de suplir a las instituciones, ni mucho menos de una crítica implícita a su labor, sino de la caridad evangélica que la impulsa a acercarse a las heridas de la humanidad en los momentos en que estas se manifiestan con mayor gravedad. Cuando interviene, lo hace imitando al buen samaritano, con discreción y cercanía, consciente de que lo que surge de una necesidad inmediata no puede convertirse en norma, ni sustituir las responsabilidades institucionales propias de la comunidad civil.

22. A partir de este doble reconocimiento —la autonomía de las realidades terrenas y la distinción de competencias entre la comunidad eclesial y la política— se comprende mejor la orientación que el Concilio Vaticano II ha dado a la Iglesia en su relación con el mundo. *Gaudium et spes* recuerda que «es propio de todo el Pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscul-

► tar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la Palabra de Dios, a fin de que la Verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada»

No se trata de soluciones técnicas, sino de principios

24. Alimentada por este diálogo fecundo entre el Evangelio y los conocimientos humanos, la Iglesia ha profundizado progresivamente en su Doctrina social, madurando con el tiempo un patrimonio de sabiduría dotado de una coherencia teológica y antropológica arraigada en la visión cristiana de la persona. Precisamente porque nace de la fe y de su comprensión de la realidad, este patrimonio no se traduce en un repertorio de soluciones técnicas ni en un modelo económico o político que se oponga a otros: tiene una categoría propia, la de los principios que orientan la lectura de los acontecimientos y sustentan una interpretación evangélica de los procesos históricos y de las decisiones que estos implican. De ahí surge la función propia de la Doctrina social, que no pretende sustituir las responsabilidades de la política y de las instituciones, sino que se ofrece como apoyo al discernimiento común, ayudando a reconocer y promover lo que contribuye a la dignidad de las personas, a la vitalidad de las comunidades y al bien de todos.

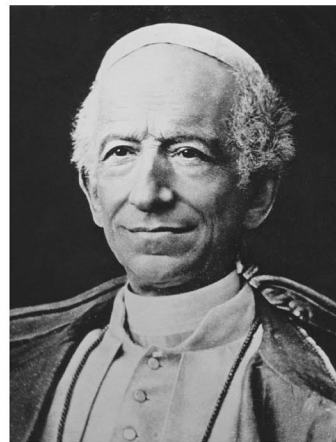
27. Por eso, cuando la dignidad de los hermanos se ve desfigurada, cuando la política no responde a los dramas de la humanidad, cuando la economía se vuelve contra la persona o la ciencia traspasa los límites de su método, la Iglesia —junto con las demás confesiones cristianas y los creyentes de otras religiones— debe hacer oír su voz no para dominar, sino para servir a la comunión. Entendida así, la Doctrina social se convierte en una teología de la comunión en la historia; un lugar en el que la Palabra, hecha carne, sigue convirtiéndose en diálogo, memoria y profecía.

Los primeros pasos de la Doctrina social de la Iglesia

29. Lo que hoy llamamos “Doctrina social de la Iglesia” no surge de improviso en la era contemporánea, sino que recoge y organiza una larga tradición de reflexión eclesial sobre la vida social, que hunde sus raíces en la Sagrada Escritura, en los Padres de la Iglesia y en las elaboraciones teológicas y jurídicas de la Edad Media y la Edad Moderna. La expresión “Doctrina social de la Iglesia” fue empleada por primera vez por Pío XII en 1950 (Exhort. ap. *Menti Nostrae*), pero el contenido que encierra, entendido como un corpus orgánico de enseñanzas sociales, comenzó a perfilarse con la Encíclica *Rerum novarum* de León XIII.

Rerum novarum

Ante los “nuevos asuntos” de su tiempo —el conflicto entre el capital y el trabajo, la cuestión obrera, las transformaciones económicas y sociales—, León XIII no se limitó a constatar el malestar, sino que asumió esas situaciones como ámbito de la misión pastoral de la Iglesia, las sometió a un discernimiento riguroso e iluminó sus causas y las posibles vías de salida a la luz del Evangelio y de una visión integral de la persona, creada a imagen de Dios. San Juan Pablo II vio en esta forma de proceder un «paradigma permanente» de la Doctrina social: una praxis ejemplar mediante la cual la Iglesia, ante tóricas, ejerce su derecho y deber de examinar las realidades sociales, pronunciarse sobre ellas e indicar caminos hacia una solución justa. De este modo, los contenidos perennes de la fe y de la antigua sabiduría eclesial se articulan en una doctrina viva que, permaneciendo fiel al Evangelio, crece en el diálogo con los “nuevos asuntos” de cada época.



León XIII

30. La Encíclica *Rerum novarum* de León XIII constituye un hito en la evolución del Magisterio social. El documento sitúa en el centro de su reflexión la dignidad del trabajo y del trabajador, afirma el derecho a un salario justo para uno mismo y para la propia familia, reconoce en las personas un valor esencial que prevalece sobre el capital y el beneficio, defiende la propiedad privada junto con su indispensable función social, aprecia las asociaciones de trabajadores y propone formas de colaboración entre los diversos componentes de la sociedad como alternativa a la lógica de la “lucha de clases”. No sorprende, por tanto, que Pío XI la haya definido como la «Magna Charta» de la acción social de los cristianos.

En *Rerum novarum*, la sabiduría ancestral de la Iglesia sobre la persona y la vida en sociedad adquiere una nueva forma, capaz de enfrentarse a la era industrial y de ofrecer el primer gran marco sistemático de esa Doctrina social que las décadas siguientes desarrollarían aún más. Aunque muchas de las condiciones históricas descritas por León XIII han cambiado, al menos dos de sus principios siguen siendo de gran actualidad: la primacía del trabajo humano sobre cualquier lógica puramente productiva o financiera, con la consiguiente atención

a las personas y a las familias más expuestas a la explotación, y el vínculo indisoluble entre el anuncio evangélico y la búsqueda de un orden social más justo. Así, *Rerum novarum* sigue recordándonos que no hay auténtica evangelización que no toque también las estructuras de la convivencia humana.

Quadragesimo anno

31. La Encíclica *Quadragesimo anno* de Pío XI, publicada en 1931 con motivo del 40º aniversario de *Rerum novarum* y en pleno apogeo de la gran crisis económica mundial, da un paso más en el desarrollo del Magisterio social. No se limita a retomar la "cuestión obrera", sino que amplía su mirada a la configuración general del orden económico y político. Denuncia la concentración del poder económico en manos de unos pocos; critica tanto la competencia sin límites como aquellos proyectos colectivistas que anulan la libertad y la responsabilidad de las personas; recuerda con fuerza el derecho de asociación de los trabajadores y reitera la exigencia de que el salario sea proporcional no sólo al rendimiento, sino a las necesidades del trabajador y de su familia.



Pío XI

En este marco, formula de manera sistemática el principio de subsidiariedad, destinado a convertirse en uno de los referentes fijos de la Doctrina social, según el cual lo que puede ser realizado por las personas, las familias, los organismos intermedios y las comunidades locales no debe ser absorbido por instancias superiores. Junto a estas contribuciones, Pío XI recuerda con claridad la función social de la propiedad y, con diversas intervenciones de su Magisterio —desde las Encíclicas *Non abbiamo bisogno* y *Mit brennender Sorge* hasta la *Divini Redemptoris*—, denuncia los totalitarismos que atropellan la dignidad de la persona, sofocan la vida social, exaltan al Estado por encima de su justo valor y adoptan la categoría discriminatoria de la raza.

Para nuestra época siguen siendo particularmente actuales al menos tres intuiciones de su enseñanza social: la conciencia de que las injusticias no se refieren sólo a los comportamientos individuales, sino también a las estructuras económicas e institucionales; el valor del principio de subsidiariedad, que invita a fortalecer el tejido asociativo y comunitario, evitando nuevas concentraciones de poder; y el vínculo entre la dignidad del trabajo, la justa remuneración y la posibilidad real para las familias de llevar una vida humana digna.

Mensajes radiofónicos de Pío XII

32. En el contexto dramático de la Segunda Guerra Mundial y de los años de la reconstrucción, el Magisterio de Pío XII ofrece una contribución significativa al desarrollo de la Doctrina social, sobre todo a través de los Mensajes radiofónicos navideños, en los que esboza las líneas generales de un orden internacional basado en el reconocimiento de la dignidad humana, la justicia y la paz. En esas ocasiones, el Papa propone un diálogo con la sociedad a partir de una exigente referencia al derecho natural, entendido como un conjunto de principios objetivos que preceden a los intereses de los individuos y de los estados y que deben regular la vida interna de las naciones y sus relaciones recíprocas. (...)



Pío XII

En nuestra época, marcada por nuevas formas de poder global y por desigualdades crecientes, siguen siendo especialmente significativos tres principios: la exigencia de que el derecho prevalezca sobre el interés, la conciencia de que las disparidades económicas son terreno fértil para las tensiones y la violencia, y el valor de un tejido asociativo capaz de mediar entre el individuo y el Estado. Estos siguen ofreciendo a la Doctrina social criterios importantes para interpretar las dinámicas de la globalización y para promover un orden internacional más justo y pacífico.

Mater et magistra et Pacem in terris

33. Con san Juan XXIII se abre una nueva etapa del Magisterio social, marcada por una atención más explícita a la dimensión mundial de las cuestiones sociales y al lenguaje de los derechos. En *Mater et magistra* presenta la fe cristiana como una luz capaz de unir el cielo y la tierra, recordando que la Iglesia, aunque tiene como misión principal la santificación y el anuncio de los bienes eternos, no por ello descuida las necesidades concretas de la vida cotidiana de las personas, sino que se interesa por todo auténtico bien humano. Partiendo de esta visión unitaria del ser humano, subraya que la vida social exige un equilibrio entre la iniciativa de los ciudadanos y de los grupos, llamados a autoor-



San Juan XXIII

► ganizarse y colaborar, y la acción del Estado, que debe coordinar y sostener sin sofocar la libertad y la responsabilidad de los sujetos; por ello, presta atención a la justa remuneración del trabajo, a la participación de los trabajadores y a las crecientes disparidades entre los países.

Pocos años después, con *Pacem in terris*, dirigiéndose por primera vez no sólo a los fieles sino a todos los hombres de buena voluntad, san Juan XXIII vincula de manera orgánica la dignidad de la persona con el reconocimiento de los derechos y deberes fundamentales y propone un orden de convivencia —también en el plano internacional— fundado en la verdad, la justicia, el amor y la libertad. En nuestra época, marcada por conflictos generalizados y nuevas formas de interdependencia global, siguen siendo especialmente significativos el alcance universal de su llamamiento, la referencia a los derechos humanos como lengua común y la convicción de que una paz duradera requiere instituciones y relaciones entre los pueblos inspiradas en la dignidad de cada persona.

El Concilio Vaticano II

34. El Concilio Vaticano II marcó un punto de inflexión en la forma en que la Iglesia se entiende a sí misma en el mundo contemporáneo. En la Constitución pastoral *Gaudium et spes* nos presentó la imagen de una Iglesia cercana a la humanidad, comprometida con el mundo y dedicada a reflexionar no a partir de esquemas abstractos, sino de la realidad concreta de las situaciones históricas. El texto aborda las grandes cuestiones del matrimonio y la familia, de la vida económica y social, de la comunidad política, de la guerra y la paz, insistiendo en que las estructuras económicas e institucionales son justas sólo en la medida en que sirven al desarrollo integral de la persona y favorecen la participación responsable de todos.

La importancia de este documento conciliar para la Doctrina social de la Iglesia radica no sólo en haber abierto perspectivas de reflexión temática, sino también en haber proporcionado un método de discernimiento que invita a interpretar las transformaciones históricas con una mirada evangélica y competencia humana. Este estilo muestra que el diálogo con el mundo no es para la Iglesia una opción táctica, sino una forma concreta de su misión, porque el Evangelio, como levadura, puede transformar desde dentro las estructuras de la convivencia y abrir caminos hacia una mayor humanidad.

En este horizonte se inscribe también la Declaración *Dignitatis humanae*, en la que el Concilio reconoce que la libertad religiosa es un derecho fundamental arraigado en la dignidad de la persona, que debe ser garantizado por el ordenamiento jurídico

para que nadie sea obligado a actuar en contra de su conciencia ni impedido de buscar y profesar la verdad en privado y en público. Este principio, de gran relevancia para nuestro tiempo, sigue ofreciendo a la Doctrina social criterios decisivos para la protección de la persona y para la construcción de sociedades pluralistas y pacíficas.

Populorum progressio

35. En el Pontificado de san Pablo VI surge una

concepción de la paz que no se reduce a la ausencia de guerra, sino que se concreta en el camino hacia un desarrollo humano integral. En *Populorum progressio*, describe el desarrollo como el paso de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas y lo entiende como un proceso que atañe a «todos los hombres y a todo el hom-



Paul VI

bre», es decir, a todas las dimensiones de la persona y a todos los pueblos, sin excepción. Sobre esta base, Pablo VI puede afirmar que un desarrollo así concebido es, en realidad, «el nuevo nombre de la paz», porque tiene como objetivo eliminar las raíces de la injusticia y el conflicto y abrir espacios para una vida más digna para todos. También la creación de la Pontificia Comisión *Iustitia et Pax* debe interpretarse en este sentido, como un intento de dar una forma estable, a nivel eclesial e internacional, a esta intuición, manteniendo viva la conciencia sobre la brecha creciente entre países ricos y países pobres y sobre la necesidad de políticas que promuevan condiciones de vida realmente más humanas para todos.

36. Con la *Octogesima adveniens*, escrita con motivo del 80º aniversario de la *Rerum novarum*, Pablo VI traslada esta perspectiva a la sociedad post-industrial, marcada por transformaciones urbanas, nuevas formas de pobreza, cambios en el mundo laboral y rápidos cambios culturales que ponen en tela de juicio el futuro de las personas y las comunidades. Para Pablo VI, el Evangelio, a pesar de haber sido anunciado, escrito y vivido en un contexto histórico-cultural muy diferente al nuestro, no se trata de un mensaje “superado”, sino de una visión de la persona humana, de las relaciones, de la autoridad y del bien común capaz de orientar también hoy las decisiones económicas, políticas y culturales. En otras palabras, el Evangelio sigue siendo actual porque proporciona los criterios para reconocer lo que humaniza o deshumaniza, lo que libera u oprime, en situaciones siempre nuevas.

Para la Doctrina social de la Iglesia, el legado más exigente de Pablo VI es precisamente este: mientras en el mundo haya pueblos excluidos de un desarrollo digno del ser humano, la comunidad cristiana no podrá contentarse con proclamar la paz en abstracto, sino que deberá dejar que el Evangelio juzgue, a partir de quienes quedan al margen, aquellas estructuras económicas y políticas que, como recordaría Juan Pablo II, pueden convertirse en auténticas «estructuras de pecado», para que ninguna persona ni ningún pueblo sea tratado como prescindible en los procesos de desarrollo.

San Juan-Pablo II

37. El fecundo Magisterio social de san Juan Pablo II se sitúa en la encrucijada entre la crisis de los grandes sistemas ideológicos del siglo XX y el inicio de la globalización económica. En la Encíclica *Laborem exercens*, escrita noventa años después de la publicación de *Rerum novarum*, se abre una nueva vía de reflexión sobre el trabajo.



San Juan Paul II

El salario justo se presenta en ella como una prueba concreta de la equidad de todo el sistema socioeconómico, ya que muestra si al trabajador se le trata como persona o como un simple costo de producción. El trabajo no es considerado sólo un problema que hay que gestionar o un medio para obtener ingresos, sino un bien fundamental para la persona, principio de la actividad económica y clave de toda la cuestión social. En él, el ser humano pone en juego su libertad, su creatividad y su capacidad de cooperar, contribuyendo a la elevación cultural y moral de la sociedad. En vista de ello, las diversas formas de precariedad, la fragmentación de las trayectorias profesionales y la automatización no pueden evaluarse únicamente en términos de eficiencia, sino partiendo de la dignidad del trabajador, del derecho a una remuneración suficiente y de la posibilidad efectiva de participar en la vida social.

38. En el 20º aniversario de la *Populorum progressio*, con la Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, Juan Pablo II vuelve a abordar la lacra del subdesarrollo y reconoce el fracaso de muchos intentos por reducir el retraso económico de los pueblos pobres y acompañar su industrialización, constatando la persistencia y, en ocasiones, la ampliación de la brecha entre el Norte y el Sur del mundo. Denuncia, además, los mecanismos económicos, financieros y comerciales que, gestionados por los países más fuertes, favorecen estructuralmente sus intereses y asfixian a las economías más débiles, y pide que sean sometidos también a un juicio ético riguroso, y no sólo técnico.

En este contexto, la solidaridad se entiende como una corresponsabilidad concreta entre personas, pueblos y naciones, una forma de amistad social o caridad política orientada hacia la “civilización del amor” invocada por Pablo VI.

39. En el centenario de *Rerum novarum*, la Encíclica *Centesimus annus* ofrece, por último, una reflexión sobre el colapso del sistema soviético y el afianzamiento de la democracia y la economía de mercado. San Juan Pablo II retoma el mensaje de Pío XII según el cual la Iglesia puede valorar la democracia en la medida en que garantiza la participación efectiva de los ciudadanos, permite elegir y sustituir pacíficamente a los gobernantes e impide que el poder sea monopolizado por élites reducidas movidas por intereses particulares o ideológicos. Del mismo modo, reconoce el potencial positivo del mercado y de la iniciativa privada sólo si se mantienen subordinados a la ley moral y guiados por el principio de solidaridad, sin sacrificar a los más débiles en aras de la lógica del lucro. Para la Doctrina social de la Iglesia esto supone un legado de especial actualidad: la afirmación del vínculo entre la dignidad del trabajo, la solidaridad entre los pueblos y la evaluación crítica de la democracia y la economía de mercado sigue ofreciendo criterios para juzgar las nuevas formas de explotación, exclusión y crisis de la representación política.

Benedicto XVI

40. El Papa Benedicto XVI, en su Encíclica social *Caritas in veritate*, quiso retomar y profundizar en el concepto de desarrollo presentado en *Populorum progressio*, reinterpretándolo en el contexto de la globalización. Recuerda que dicho desarrollo debería traducirse



Benedicto XVI

en «un crecimiento real, extensible a todos y concretamente sostenible», es decir, en un progreso económico verdaderamente inclusivo y respetuoso con los límites de la creación. Consta, sin embargo, que en los países ricos surgen nuevas categorías de pobres y se multiplican formas inéditas de exclusión, mientras que en las regiones más pobres pequeños grupos viven en un bienestar consumista que convive con situaciones de miseria deshumanizante. Observa, además, que el nuevo sistema económico-financiero mundial, caracterizado por una gran movilidad de los capitales y los medios de producción, ha reducido el poder político de los estados y su capacidad para orientar los procesos económicos. Por eso reitera que la actividad económica no puede pretender resolver los problemas sociales simplemente ampliando la lógica del mercado, sino

► que debe estar orientada al bien común, respecto al cual la comunidad política tiene una responsabilidad propia e insustituible.

41. En el centro de esta reinterpretación, Benedicto XVI sitúa la caridad, afirmando que esta «es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia», siempre que vaya unida a la verdad; y observa con preocupación que, precisamente en los ámbitos social, jurídico, político y económico, se tiende a declarar su irrelevancia moral. La novedad de su aportación radica en mostrar que el desarrollo, la justicia, las instituciones y el mercado no son realidades neutras, sino espacios en los que la caridad en la verdad debe tomar forma histórica. En la actualidad —marcada por crecientes desigualdades, la presión de los mercados financieros, la crisis medioambiental y la desconfianza en la política—, esta enseñanza sigue vigente porque exige juzgar cada modelo de desarrollo por su capacidad de ser inclusivo y sostenible, recomponer la relación entre economía y política en torno al bien común y reconocer a la caridad un papel crítico y generativo en la vida pública.

Papa Francisco

42. El Magisterio social del Papa Francisco se desarrolla en la línea de *Gaudium et spes*, que invita a contemplar la historia partiendo de las heridas y las esperanzas de las personas y a ponerlas en diálogo con el Evangelio. Esta orientación se pone de manifiesto con especial claridad en *Evangelii*



Papa Francisco

gaudium, donde se afirma que el anuncio cristiano tiene una dimensión social intrínseca y hace referencia a una Iglesia capaz de escuchar el clamor de los pobres, de los migrantes y de las víctimas de las nuevas formas de esclavitud. En esta perspectiva se inscribe también la insistencia de Francisco en una Iglesia sinodal, una Iglesia en la que se “camina juntos”, que busca leer los signos de los tiempos a la luz del Evangelio y se deja evangelizar por los pobres con quienes comparte la historia.

43. En *Laudato si'*, Francisco ofrece el primer gran análisis sistemático de la crisis medioambiental en una Encíclica social, demostrando que no se trata de una cuestión sectorial, sino del aspecto ecológico de la crisis socioeconómica contemporánea. Su propuesta de «ecología integral» aúna el cuidado de la Casa común y la opción preferencial por los pobres, y afirma con determinación que «tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres» no pueden separarse. En este sentido, vuelven a cobrar

protagonismo el destino universal de los bienes, la crítica a un paradigma tecnocrático que pretende reducirlo todo a un objeto de dominio, la defensa del trabajo humano amenazado por la lógica del descarte, la exigencia de una justicia intergeneracional y el llamamiento a un diálogo auténtico entre política y economía, para que ninguna de las dos se encierre en su propia autorreferencialidad.

44. Ante la desintegración del tejido social, la “guerra mundial a pedazos”, la globalización individualista y las consecuencias de la pandemia sobre los lazos comunitarios, Francisco relanza en *Fratelli tutti* el sueño de una humanidad capaz de optar por la amistad social y la fraternidad universal. Propone la cultura del encuentro, una “mejor política” capaz de buscar el bien común, caminos de reconciliación y un mundo que garantice «tierra, techo y trabajo para todos». Con *Dilexit nos*, por último, muestra que estos grandes compromisos sociales no pueden separarse de la relación personal con Cristo: al volver a la Palabra de Dios, recuerda que la respuesta más auténtica al amor del Corazón de Jesús es el amor concreto hacia los hermanos y afirma que «no hay mayor gesto que podamos ofrecerle para devolver amor por amor».

Una lectura de la historia a la luz de la fe

45. Al contemplar este recorrido en su conjunto, se comprende que la Doctrina social de la Iglesia no es fruto de un proyecto elaborado en un escritorio, sino el resultado de un proceso paciente, en el que cada Pontífice —junto con el Concilio Vaticano II— ha aportado una contribución original a la luz de los “nuevos asuntos” de su tiempo. Cada uno, asumiendo los retos de su época e interpretando los cambios históricos a la luz del Evangelio, ha puesto de relieve diferentes aspectos de un patrimonio único: la dignidad de la persona, el valor del trabajo, el destino universal de los bienes, la solidaridad y la subsidiariedad, el cuidado de la creación, la centralidad de la paz y la fraternidad.

El resultado es un desarrollo armonioso, aunque no siempre lineal, marcado por diferentes acentos, por profundizaciones progresivas y, a veces, por cambios de perspectiva que no rompen con lo anterior, sino que hacen madurar sus implicaciones. Si hoy podemos hablar de un corpus de principios y criterios compartidos, es porque esta lectura de la historia a la luz de la fe nunca se ha interrumpido y ha sabido dejarse interpelar por las preguntas de cada generación. Es a este núcleo fundamental —los grandes principios de la Doctrina social que orientan el discernimiento de los creyentes en la vida personal y pública— al que deseo ahora dirigir la atención, para captar mejor su coherencia interna y su fuerza generadora para nuestro tiempo. ❖

León XIV

Causas profundas de la injusticia

Entremos en el tema citando «Justicia y Orden», un magnífico artículo escrito por nuestra cofundadora, Gilberte Côté-Mercier:

«¿La injusticia? ¡La injusticia está en todas partes! En nuestras pequeñas y grandes sociedades. En esa gran sociedad que llamamos el Estado, que tiene poder de vida y muerte sobre los ciudadanos, la injusticia es soberana... los trabajadores, que prestan servicio a los demás, apenas encuentran con qué vivir... y ya han perdido la vida de su alma: su LIBERTAD... ¡Desorden! ¡Injusticia! frente a hombres que tienen derecho a la seguridad y a la libertad...

«Desorden. Injusticia. Hay orden cuando un ser ocupa el lugar donde mejor cumple la función para la cual fue creado. Hay justicia cuando se respetan los derechos de Dios y de los hombres. Los derechos de Dios se respetan cuando los seres creados por Dios permanecen en el lugar que Dios les ha asignado y cumplen la función que Él ha querido para ellos. Eso es el orden. Eso es la justicia...»

En resumen: ¿Cuándo hay justicia? «Cuando se respetan los derechos de Dios y de los hombres.» ¿Cuándo hay orden? «Cuando el ser humano ocupa el lugar donde cumple la función para la cual fue creado... el lugar que debe ocupar según sus talentos...»

En conclusión: «No hay justicia sin orden. La injusticia proviene del desorden.»

Gilberte Côté-Mercier

Desorden

Si la injusticia proviene del desorden, es necesario saber identificar esos desórdenes.

El abogado J. Ernest Grégoire, profesor de Economía en la Universidad Laval, exalcalde de la ciudad de Quebec y gran colaborador de San Miguel, escribió:

«¿Cómo puede hablarse de Justicia cuando toda la vida económica está sometida al control de prestamistas profesionales?»

Esa sumisión a prestamistas profesionales es precisamente el gran desorden. Que todo el dinero en circulación sea dinero-deuda, ese es el desorden.

— ¡Pero yo no tengo deudas!

Incluso usted, que no tiene deudas personales, está sometido al dinero-deuda, porque es el único dinero que circula: no existe otro. Nuestra sociedad fue construida con dinero-deuda; ese es el desorden.

— ¡Pues basta con pagar la deuda! Haga como yo: deje de endeudarse.

¿Sabe qué sucedería si se pagara toda la deuda? No quedaría ni un dólar, ni un centavo en circulación; todo el dinero desaparecería. En el sistema monetario actual, eliminar la deuda significaría eliminar todo el dinero en circulación. Ese es el desorden.

— ¡Entonces impulsen el crecimiento económico, creen empleos, exporten más!

¿No ha notado que eso es precisamente lo que ya hacen todas nuestras sociedades? Empleo, crecimiento económico y exportaciones no cambian el sistema del dinero-deuda. Ese es el gran desorden.

Un modo de vida impuesto por el dinero-deuda

Cada ser humano tiene sus talentos, sus aptitudes y sus gustos. Cuando una persona trabaja en la actividad que ama, es feliz y su producción es buena: eso es el orden. Acabamos de decir que el orden consiste en que el ser humano ocupe el lugar que le corresponde según sus talentos.

¿Favorece la sociedad actual, basada en el dinero-deuda, el trabajo de acuerdo con los talentos de cada persona?

¡Por supuesto que no! Salvo algunas excepciones, en familias con mayores recursos. Pero para la mayoría de la gente, la necesidad de ganar dinero está muy por encima de sus gustos y talentos.

¿Por qué? Una vez más, a causa del sistema del dinero-deuda. Mi vida, mi modo de vida, está en manos del sistema del dinero-deuda; es el sistema del dinero-deuda el que lo controla todo, el que domina todo, el que decide mi modo de vida.

— ¡Pero yo no quiero un empleo perjudicial, inútil o contrario a mis valores!

«¡Eh! No eres tú quien decide», responde el dinero-deuda. «Vas a trabajar para esa empresa; soy yo quien lo decide. ¿Trabajar según tus gustos? Si lo haces, vivirás en la miseria.»

¡Cuántas personas he conocido que esperan la jubilación, su pensión, para finalmente poder trabajar en lo que realmente les gusta! Por ejemplo: ese antiguo profesional de la salud que compró una pequeña granja; ese excontratista de Montreal que se fue a criar ovejas en la Costa Norte; ese comerciante que por fin puede abrir su pequeña escuela de música, etc., etc.

¿Por qué esperar hasta la jubilación? Porque el sistema del dinero-deuda decide por nosotros; es el dinero-deuda el que me impone un modo de vida.

Louis Even escribió:

«Un sistema económico humano debe permitir que cada individuo haga sus propios planes de vida... es necesario un ingreso integral... el ingreso y el empleo pueden muy bien estar desvinculados.»

La injusticia, el desorden y el dinero-deuda podrían evitarse mucho más fácilmente mediante la reforma económica del Crédito Social, también llamada Democracia Económica.

Lea la revista San Miguel y compártala con quienes le rodean para liberar a todas las sociedades de la esclavitud del dinero-deuda. ❖

Lise Rodrigue-Fournier

Pedagogía para una Nueva Economía

Diferencias y similitudes entre Democracia Económica y Economía Solidaria

por Juan Castro Soto

Con frecuencia decimos que la Democracia Económica es sinónimo de Economía Solidaria, porque parecen lo mismo, pero son dos modelos que tienen sus diferencias y nacen en distintos tiempos y lugares. Eso sí, son complementarios.

1. La Economía Solidaria lo abarca todo

La Economía Solidaria es un modelo organizativo y alternativo, que emprenden los más perjudicados directamente por el sistema dominante, los más pobres. Abarca todos los sectores de la economía, siendo más integral que la Democracia Económica, que se centra en el aspecto financiero.

Trata de organizar un mundo más humano y empático con la naturaleza. Y este poder democrático es su principal fuerza. Pero tiene dos debilidades notorias: opera en un sistema adverso, siempre a contracorriente; y la otra es que suele tener falta de claridad ideológica para trascender los esquemas capitalista y socialista, sin reconocer que son dos formas con un mismo fondo.

Como vemos, la Economía Solidaria es un nuevo paradigma social que sólo puede ser posible al margen del sistema vigente; pero a menudo no sabe cómo hacerlo y termina reproduciendo la economía que quiere combatir, y es aquí donde la Democracia Económica puede ayudar.

2. La Democracia Económica se centra en lo financiero

Por su parte, la Democracia Económica se plantea desde los países más desarrollados, donde la vida es más cara y la gente tiene más deudas.

Busca cambios al sistema financiero que rige al mundo, para que todos tengan el dinero suficiente y que los productos y servicios sean más accesibles a quienes los necesitan. Su fuerza es la convicción de generar tanta abundancia financiera como la hay de productos y servicios. Y ha encontrado el cómo: eliminando el sistema de deuda, a contrapelo de las teorías económicas dominantes. Esta consciencia ciudadana es su fuerza, tanto como su naturaleza ética.

Sin embargo, su debilidad es que no existen voluntades en los gobiernos que ponga en práctica una economía de abundancia y sin deudas, ¡y se alejan cada vez más de esa posibilidad! En cambio, dichos gobiernos pretenden que las finanzas sean un sistema de control social, limitando las libertades de la población.

Es decir, lo que está faltando en la Democracia Económica es justo la democracia.

3. Unión de la técnica con la voluntad creativa

Observamos, pues, que la buena voluntad de la Economía Solidaria necesita el modelo financiero sin deudas que propone la Democracia Económica. Y viceversa, esta Democracia Económica requiere la voluntad y organización de la Economía Solidaria. ¿Cómo lograr que se unan?

Esta unión se viene logrando con las monedas locales, que generan mayor abundancia financiera de manera autónoma, al margen del sistema establecido. En las monedas locales, la Economía Solidaria y la Democracia Económica se abrazan y cierran la pinza.

La Economía Solidaria provee espacios comunitarios donde es posible una organización democrática; mientras que la Democracia Económica brinda las herramientas teóricas del trabajo financiero. Se necesitan mutuamente. Juntos pueden construir un “nuevo paradigma” social que supere al capitalismo y al socialismo conocidos.

En cambio, el capitalismo y el socialismo se han fusionado en una “tercera vía” que no supera nada, sino que agrava la cosas al juntar lo peor de ambos sistemas, avanzando hacia ese control social que llaman “Nuevo Orden Mundial”, tecnocrático y deshumanizante, dejando al margen la voluntad democrática.

4. La necesidad educativa

Un “nuevo paradigma” de abundancia no es tan fácil como poner una piedra sobre otra; y no funciona automáticamente por sí solo. Es un modelo vivo que necesita ser alimentado por la voluntad continua de la gente. Y esto requiere consciencia, educación en valores, actitudes y conductas que lo impulsen.

— Sí, educación dijimos.

— ¿Y cómo se logra esa educación?

No se trata de imponer, como hacen el socialismo y el capitalismo. Se trata de generar consciencia ciudadana y poder democrático para una toma de decisiones libre y acertada. Pero se requieren determinadas herramientas pedagógicas que logren transmitir tal enseñanza.

5. Pedagogía de la Democracia Económica: esnudando el desequilibrio monetario

Clifford Douglas es reconocido como el pionero de la Democracia Económica en los inicios del siglo XX; habla de la parte técnica para crear abundancia financiera sin deudas ni intereses, lo que él llamó “Crédito Social”.

Douglas explica que el actual sistema financiero está diseñado para la escasez. Primero, porque los bancos crean dinero en forma de deuda, que debe ser devuelto con intereses; y segundo, en su “teoría A + B” demuestra que los salarios por la mano de obra nunca alcanzarán los precios de los productos y servicios disponibles, debido a que los precios incluyen también el costo de las materias primas, la tecnología y otros medios de producción.

Ante esto, Douglas propone un ajuste en el sistema financiero: habla de un “dividendo social” distribuido a toda la población, libre de deudas, creado por los gobiernos para compensar dicha escasez de dinero en el salario.

Por ello propone la soberanía de los pueblos, para que puedan crear su propio dinero sin endeudarse como nación.

6. Pedagogía de Louis Even: los fundamentos del cristianismo

Louis Even fue consciente de esta necesidad educativa y desde los años 30 del siglo pasado empezó a difundir gran cantidad de materiales que demuestran la necesidad de una revolución financiera en el mundo, basado en las enseñanzas de Douglas.

Esto es el primer paso, informar por qué las cosas no van bien, y cómo la Democracia Económica podría solucionar el problema de la escasez monetaria que ha caracterizado al mundo durante milenios. Sin embargo, el lector no sabe cómo hacerlo realidad; y los gobiernos, por su parte, no quieren abandonar el sistema de deudas.

Al tomar la estafeta de Douglas, Louis Even enriquece esta información con la pedagogía del cristianismo, enfatizando 1) el amor al prójimo (Mc 12, 28-34), 2) poniendo más énfasis en los hechos que en las palabras (Mt 21, 28-31), 3) relativizando el valor del dinero (Mt 6, 24), 4) colocando al ser humano como lo más importante de la creación (Mt 10, 31), y 5) organizando las cosas de manera diferente (Mc 10, 41-43). Y es que Jesús no era un hombre de teorías sino de acciones (Mt 9, 5-7), que resolvía, que sanaba, que compartía, que defendía, que ponía el ejemplo y hacía posible el Reino de Dios en la Tierra (Lc 17, 20-21).

Así, Louis Even hace ver que el cristianismo es totalmente compatible con la Democracia Económica. Y también lo sería con la Economía Solidaria que comenzó desde el siglo 19 con el cooperativismo. Ciertamente, las cooperativas aportan una organización más justa y democrática; pero no saben lidiar con el sistema financiero que las meterá en problemas.

Además, los Peregrinos de San Miguel, que integran el Instituto Louis Even, difunden internacionalmente la revista “Hacia el Mañana”, también conocida como “Michael”, donde refuerzan los valores cristianos, dan a conocer la Doctrina Social de la Iglesia y exponen las declaraciones papales relacionadas con la economía, todo lo cual es completamente compatible con la Democracia Económica.

Por ejemplo, el 16 de mayo de 2013, el Papa Francisco, en su discurso a los nuevos embajadores del Vaticano, afirmó:

“Mientras que los ingresos de una minoría aumentan exponencialmente, los de la mayoría se desmoronan. Este desequilibrio es consecuencia de ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera, negando así el derecho de control a los Estados, encargados de velar por el bien común. Se establece una nueva tiranía, invisible y a veces virtual, que

impone unilateral e irremediamente sus propias leyes y normas”.

Sin embargo, ¿qué hacer cuando los Estados tampoco velan por el bien común?

Y el 17 y 18 de junio de ese mismo año, en la Carta al Primer Ministro David Cameron para la Cumbre del G8, Francisco expresó:

“Toda teoría o acción económica y política debe tener como objetivo proporcionar a cada habitante del planeta los medios mínimos para vivir con dignidad y libertad, con la posibilidad de mantener a una familia, educar a sus hijos, alabar a Dios y desarrollar su propio potencial humano. Esto es lo fundamental; sin tal visión, toda actividad económica carece de sentido”.

7. Pedagogía de la Economía Solidaria: predicar con el ejemplo

Naturalmente, la Economía Solidaria no logra una inmediata transformación nacional o internacional como lo pretende la Democracia Económica; pero avanza desde lo local por la vía de los hechos, en pequeñas células comunitarias que pueden servir de ejemplo para los niveles más altos.

En los últimos años, el Instituto Louis Even se ha relacionado con monedas locales que se impulsan desde México y Canadá, donde la Democracia Económica y la Economía Solidaria son posibles en pequeña escala: aumentan el poder adquisitivo de pro-



«Levántate y anda» (Jn 5,8)

► ductores y consumidores, no desde el gobierno sino mediante su propia organización autónoma.

Un ejemplo ha sido el apoyo a la moneda comunitaria “Túmin” que nace en México y se empieza a extender en otros países. El Instituto Louis Even se ha hecho participante de esta moneda, apoyando además con la impresión de libros y folletos; y ofreciendo conferencias y talleres de capacitación en distintas regiones, incluso internacionalmente. De hecho, los cursos de Democracia Económica que se imparten en Canadá incluyen la participación de monedas locales que ahí aportan sus experiencias.

Tal involucramiento en las monedas locales es un avance pedagógico, por la fuerza que tienen al predicar con el ejemplo, lo que en México se dice “Educar para transformar, y transformar para educar” —frase acuñada por el educador popular Carlos Núñez—. Al poner en práctica la teoría, se pone la primera piedra; y al obtener teoría de la práctica, se pone la siguiente, logrando avances concretos y continuos desde la propia experiencia.

Esta “pedagogía de la acción” implica el esfuerzo de organizarse, lo que el sacerdote católico Franz Van der Hoff llamaba “Organizar la esperanza”. Él fue un misionero holandés que vivió en el sur del estado de Oaxaca, México, donde impulsó desde la década de 1980 el primer certificado de “comercio justo” y fomentó la organización cooperativa, a fin de resistir el neoliberalismo de las grandes compañías extranjeras que desplazaban a los pequeños productores de café. Eran los primeros pasos en México de lo que hoy llamamos Economía Solidaria.

8. Pedagogía del Túmin

Las monedas locales son, pues, otro terreno fértil, donde la gente común puede involucrarse en la construcción de un nuevo paradigma social y una “era de abundancia”.

Los participantes del Túmin saben que requieren un esfuerzo educativo para hacer funcionar y mantener esta moneda autónoma. Para ello enarbolan principios universales como la solidaridad, la confianza, la ayuda mutua, la autonomía, la libertad responsable y la inclusión, entre otros afines. De hecho, existe un capítulo dedicado a la pedagogía en su libro “Túmin, moneda autónoma” —financiado por el Instituto Louis Even, junto a otras instituciones educativas.

Asimismo, el Túmin, si bien no es una organización religiosa, reconoce su sintonía con los principios cristianos y el Reino de Dios que buscan las Comunidades Eclesiales de Base en la iglesia católica. Igualmente, se vincula con diversas organizaciones sociales y educativas para dar a conocer que existen otras formas de hacer economía.

En su didáctica, los tumistas privilegian el diálogo antes que el debate, lo que ayuda a compartir en lugar de competir; e invitan a la tolerancia y la inclusión



ante la diversidad de pensamientos. Asimismo, su filosofía establece que las personas son más importantes que sus productos, que el dinero, y que el propio Túmin, lo cual representa un choque cultural y un reto para los participantes.

Conclusión: una alternativa al Nuevo Orden Mundial

La Democracia Económica y la Economía Solidaria son modelos diferentes pero complementarios. El primero tiene consciencia de la escasez monetaria debido a un sistema de deudas, así que apuesta a un ajuste técnico del sistema financiero; y, el segundo, ve la necesidad de mejores personas, apostando a mejorar la organización. Sin embargo, aquí hemos visto que ninguno de los dos modelos basta por sí sólo para lograr que todos satisfagan sus necesidades.

En efecto, un ajuste técnico en el sistema financiero, sin la voluntad consciente de las personas para ponerlo en marcha, no funcionará. Y, por otro lado, un ajuste de voluntades dispuestas a la distribución justa de la riqueza, pero sin saber cómo hacerlo, tampoco logrará su objetivo.

En este escenario, las monedas locales pueden ser el terreno fértil donde ambas propuestas convergen y se entrelazan para que sus ideales se hagan realidad. Por esta razón, el Nuevo Orden Mundial busca desviar su fuerza, sus propósitos y su funcionamiento.

Por ejemplo, el crédito social chino es ahora el modelo mundial para las finanzas, haciendo el dinero aún más escaso para quienes no obedezcan en un sistema autoritario; pero no tiene nada que ver con el Crédito Social propuesto por Douglas, basado en la libertad.

En 2025 el Instituto Louis Even acudió a Francia para participar en el Foro Global de la Economía Social y Economía Solidaria, organizado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Ahí se constató que estos foros anuales dicen promover la economía solidaria, pero en realidad pretenden reforzar los préstamos bancarios y el sistema de deuda, mientras las monedas locales quedan en un segundo plano o ni siquiera son mencionadas. Asimismo, se promueven los 17 objetivos de la ONU en su Agenda 2030, los

cuales resultan ser todo lo contrario de lo que aparentan. Tales foros nada tienen que ver con la Economía Solidaria desde los pueblos.

La Democracia Económica y la Economía Solidaria son modelos efectivos que representan una alternativa al Nuevo Orden Mundial. Pero no serán promovidos por los gobiernos nacionales; es necesario iniciarlos desde el poder local. ❖

Juan Castro Soto

He aquí una sinopsis:

	NUEVO PARADIGMA		
	Economía Solidaria	Democracia Económica	Nuevo Orden Mundial
1. Enfoque	Integral	Financiero	Tecnocrático
2. Objetivos	Sustentabilidad	Abundancia	Control social
3. Nivel	Local	Nacional	Internacional
4. Democracia	Real	Ideal	Tiranía
5. Pedagogía	Práctico	Teórico	Engaño y miedo
6. Dinero	Monedas locales	Moneda nacional	Moneda mundial
7. Actividades	Organización	Difusión	Imposición, despojo, deuda
8. Soberanía monetaria	Sí: autonomía comunitaria	Sí: Estado democrático	No: dependencia digital
9. Obstáculos	Marginalidad	Gobiernos corruptos	Educación y organización ciudadana
10. Valores éticos y cristianos	Solidaridad, confianza, libertad	Bien común	No

Combate contra la lujuria

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.» (Mt 5,8)

La lujuria no es simplemente un mal hábito; es una batalla espiritual para combatir el mal que busca esclavizar el corazón, oscurecer la inteligencia y debilitar la voluntad. El cristiano no puede hacer las paces con este enemigo. Debe combatirlo con decisión, confiando en la gracia de Dios.

I. Reconoce al enemigo

La lujuria comienza mucho antes del acto exterior. Nace de una mirada consentida, de una imaginación alimentada sin vigilancia, de conversaciones impuras y de los ambientes que apartan el alma de Dios.

Quien juega con la tentación termina cayendo en ella. La primera victoria consiste en cortar el pecado desde su raíz.

II. Vive en estado de gracia

La confesión frecuente fortalece el alma. No basta con lamentar las caídas; hay que levantarse con humildad y volver a Dios.

La Eucaristía recibida dignamente fortalece el corazón contra las tentaciones y une más profundamente a Cristo.

III. Huye de las ocasiones de pecado

Un soldado prudente no entra voluntariamente en una emboscada.

Aleja de tu vida todo aquello que alimenta la impureza:

- Pornografía.
 - Redes sociales que despierten malos deseos.
 - Películas y música que normalicen el pecado.
 - Conversaciones obscenas.
 - Relaciones que conduzcan a la tentación.
- No es cobardía retirarse; es sabiduría espiritual.

IV. Domina el cuerpo

La tradición cristiana siempre ha recomendado la disciplina:

- Practicar el ayuno según las posibilidades de cada uno.
- Moderar la comida y la bebida.
- Evitar el ocio excesivo.
- Trabajar con diligencia.
- Dormir ordenadamente.

Un cuerpo disciplinado ayuda a formar una voluntad fuerte.

V. Llena la mente de Dios

La mente nunca permanece vacía.
Dedica cada día tiempo a:



- Leer la Sagrada Escritura.
- Rezar el Santo Rosario.
- Meditar la Pasión de Cristo.
- Leer vidas de santos.

Donde entra la luz de Cristo, disminuye la fuerza de las tinieblas.

VI. Custodia los ojos

Muchas caídas comienzan con una mirada.

Aprende a apartar la vista de aquello que conduce al pecado. No alimentes la imaginación con imágenes impuras. La pureza empieza por los ojos.

VII. Ten un plan para la tentación

Cuando llegue una tentación:

- Invoca inmediatamente el Santo Nombre de Jesús.
- Reza un Ave María.
- Haz la Señal de la Cruz.
- Cambia de actividad.
- Levántate si estás solo.
- Sal a caminar o busca una ocupación útil.

No dialogues con la tentación; córtala cuanto antes.

VIII. Acude a la Virgen María

La Santísima Virgen es modelo de pureza.

Conságrate a Ella, reza diariamente el Rosario y pídele que custodie tu corazón. Muchos santos enseñaron que la devoción mariana es una ayuda poderosa en la lucha por la castidad.

IX. No desesperes si caes

El demonio busca dos victorias: hacer caer y vencer al pecador de que ya no puede levantarse.

Si caes:

- Arrepíentete sinceramente.
- Confiesa el pecado.
- Aprende de la caída.
- Reanuda inmediatamente el combate.

La misericordia de Dios es mayor que cualquier pecado cuando existe arrepentimiento verdadero.

X. Recuerda el premio

La castidad no es una negación del amor, sino su purificación. Quien aprende a dominar sus pasiones adquiere libertad para amar con un corazón íntegro y vivir según la voluntad de Dios.

Cada victoria, por pequeña que parezca, fortalece el alma y la acerca más a Cristo. ♦

Antoni Gaudí, el arquitecto de la belleza de Dios

Constructor de la basílica de la Sagrada Familia de Barcelona



La Basílica de la Sagrada Familia de Barcelona, tal como luce hoy, en julio de 2026. Todavía pueden verse grúas en la obra, ya que aún faltan por completar cuatro torres, de un total de 18. Se prevé que este proyecto, iniciado en 1883, quede terminado en 2033, con un total de 18 torres.

El 10 de junio de 2026, con ocasión de su viaje apostólico a España, el papa León XIV viajó a Barcelona para presidir la Santa Misa en la basílica de la Sagrada Familia y bendecir la Torre de Cristo, concluida pocas semanas antes, que convierte a este templo en el edificio religioso más alto del mundo. Ese día, León XIV descendió primero a la cripta de la basílica para orar ante la tumba del creador de esta iglesia, el arquitecto Antoni Gaudí, fallecido exactamente cien años antes, el 10 de junio de 1926.

Profundamente católico y místico, con el paso de los años se convirtió en un asceta dedicado al ayuno y a la oración. Rezaba diariamente el Santo Rosario y asistía a la Santa Misa todos los días. Sus últimos años estuvieron enteramente consagrados a la Sagrada Familia, por cuya construcción rechazó recibir cualquier remuneración. Gaudí asumió la dirección de las obras de la basílica en 1883, a la edad de 31 años, y dedicó a ella los últimos 43 años de su vida, renunciando a todo salario. Atropellado por un tranvía el 7 de junio de 1926, murió tres días después, sin ser reconocido por los transeúntes, que lo confundieron con un mendigo. Al momento de su muerte, únicamente estaban



*León XIV en oración ante la tumba de Antoni Gaudí.
Foto: © Vatican Media*

terminadas la fachada del Nacimiento y la cripta. Él sabía que la construcción se prolongaría más allá de su propia vida y decía: «Mi Cliente no tiene prisa», refiriéndose a Dios mismo.

Brillante estudiante, aunque poco convencional, el director de su escuela de arquitectura declaró el día de su graduación: «Hemos entregado este diploma a un loco o a un genio. El tiempo lo dirá.» En efecto, Gaudí era un genio. Desarrolló un estilo arquitectónico único, influido por diversas corrientes, pero inspirado sobre todo por el deseo de reproducir la naturaleza ►



Antoni Gaudí (1852-1926)



con ocasión del centenario de la colocación de la primera piedra. Benedicto XVI fue el segundo Papa en visitarla, el 7 de noviembre de 2010, para la consagración oficial de la basílica. Finalmente, el 10 de junio de 2026, León XIV se convirtió en el tercer Papa en visitar este magnífico templo. A continuación presentamos un resumen de la vida de Antoni (Antonio) Gaudí, publicado en la carta espiritual de enero de 2012 de la Abadía de San José de Clairval, en Francia (www.clairval.com):

por Dom Antoine-Marie, osb

«Una iglesia es la única cosa digna de representar lo que siente un pueblo, puesto que la religión es lo más elevado en un hombre» – consideraba Antonio Gaudí, el arquitecto de la basílica de la Sagrada Familia de Barcelona (España). Con motivo de la consagración de ese monumento el 7 de noviembre de 2010, el Papa Benedicto XVI observaba: **«En una época en que el hombre pretende edificar su vida dando la espalda a Dios, como si ya no le quedara nada por decirle, la consagración de esta iglesia de la Sagrada Familia es un acontecimiento de gran significado. Mediante su obra, Gaudí nos muestra que Dios es la verdadera medida del hombre, que el secreto de la verdadera originalidad consiste, como él decía, en regresar al origen, que es Dios. Él mismo, abriendo su alma a Dios, fue capaz de crear en esta ciudad un espacio de belleza, de fe y de esperanza, que conduce al hombre al encuentro de quien es la verdad y la belleza mismas».**

Antonio Gaudí nace el 25 de junio de 1852 en Reus (provincia de Tarragona, España), quinto hijo de Francisco Gaudí Serra y Antonia Cornet Bertrán. Sufrirá la pérdida prematura de todos sus hermanos y hermanas. La sucesión de esos lutos explica probablemente la estampa de seriedad que era propia del carácter de Gaudí. Por parte del padre, Antonio descende de una antigua familia de artesanos caldereros. Ver en el taller paterno cómo se da forma al cobre le habitúa a «pensar en tres dimensiones». Desde la infancia, Antonio padece de reumatismos que nunca le abandonarán. Esa enfermedad le obliga a permanecer durante largos períodos en la soledad de una pequeña finca familiar en Riudoms, cerca de Reus. Allí es donde sus ojos captan la luz mediterránea y las imágenes más puras de las rocas, de las plantas y de los animales; siempre sentirá admiración por la naturaleza, como una maravillosa maestra. En la escuela, Antonio no es un alumno especialmente brillante, pero recibe una sólida formación espiritual con los religiosos de san José de Calasanz.

El único objetivo

Durante el curso escolar 1868-69, el joven se instala en Barcelona para seguir estudios en la Escuela

Detalles de la fachada del Nacimiento (lado este), concluida en 1936. También existe la fachada de la Pasión, en el lado oeste, terminada en 2005. En 2002 comenzó la construcción de la fachada principal (lado sur), llamada fachada de la Gloria (que representa la Resurrección, la vida eterna y el Juicio Final), cuya finalización está prevista para 2033.

en sus obras. Su sello distintivo: ninguna línea recta. Gaudí se inspiraba en los árboles, los huesos, las conchas marinas y las estalactitas para diseñar estructuras autoequilibradas que no necesitan contrafuertes ni apoyos externos, del mismo modo que un árbol puede sostenerse por sí solo. Así, las 52 columnas de la Sagrada Familia (una por cada una de las 52 semanas del año) tienen forma de árbol y culminan en ramas y hojas que forman el techo del templo.

Gaudí fue declarado venerable por el papa Francisco en 2017. San Juan Pablo II fue el primer Papa en visitar la Sagrada Familia, el 7 de noviembre de 1982,



Interior de la basílica durante su consagración por el papa Benedicto XVI, el 7 de noviembre de 2010. Cada columna (hay un total de 52, una por cada una de las 52 semanas del año) tiene forma de árbol, con sus ramas y su follaje. Sobre la nave central, los pináculos de vivos colores representan los frutos de la Tierra Prometida, alternando con racimos de uvas y espigas de trigo, símbolos de la Eucaristía.

Técnica Superior de Arquitectura. Sufraga sus estudios trabajando por cuenta de ingenieros y arquitectos de renombre. Además, asiste a clases de Filosofía, Estética e Historia en la Universidad, y se interesa por el mundo de la cultura. A su juicio, el arte debe buscar su inspiración en las leyes y modelos que se observan en la naturaleza, la obra del Creador, en la cual resplandecen la Verdad y la Belleza. Esa búsqueda de la belleza se convierte en el único objetivo de su vida. En 1878, obtiene el título de arquitecto.

Mientras trabaja en la construcción de una cooperativa, coincide con una maestra que da clases a los hijos de los obreros. Ambos mantienen asiduas conversaciones. Tras haberlo dudado largo tiempo, Antonio se decide a hablarle de noviazgo, pero la chica le confiesa con pesar que ya está comprometida. El joven decide entonces entregarse en cuerpo y alma al Señor, permaneciendo soltero en el mundo. Cuidará a su padre durante su larga vejez, así como a una sobrina huérfana y enferma.

Antonio crea, por encargo de un fabricante de guantes de lujo, una vitrina original destinada a la Exposición Universal de París (1878). Cuando el conde Güell, persona de vasta cultura y una de las grandes fortunas de Barcelona, se entera de que esa obra de arte se ha creado en su ciudad, se informa sobre la identidad del autor. Entonces, se entabla entre ellos

una amistad indefectible. Sin demora, el conde encarga al artista la fabricación de una serie de muebles, y luego numerosas construcciones, entre ellas la del extraordinario parque Güell. Antonio se convierte igualmente en amigo íntimo de Monseñor Torras i Bages, obispo de Vic (cuya causa de beatificación se sigue actualmente), de los obispos de Mallorca y de Astorga, así como de varios sacerdotes. Gracias a la amistad de estos eclesiásticos, capta en profundidad el espíritu de la liturgia y de la doctrina social de la Iglesia. Desde su juventud, Gaudí se había mostrado sensible ante los problemas sociales de su época, especialmente en cuanto a las condiciones de vida de los obreros. Muy pronto se percata de que las profundas contradicciones sociales de su tiempo no pueden hallar solución en las utopías materialistas, sino solamente en la aplicación de la doctrina social cristiana.

Gaudí nunca publicó un libro. No obstante, dejó numerosas notas sobre trabajos de arquitectura y de decoración. Pero puede decirse que fue uno de los mejores escritores de la historia, no sobre el papel, sino sobre la piedra. Tampoco imparte conferencias, pero explicará muchas veces su templo de la Sagrada Familia a los visitantes, y también compartirá con sus colaboradores y discípulos reflexiones impregnadas de sabiduría humana y cristiana. Apasionado por la estética, siente inclinación por el enigma de la belleza ►

► y comprende que si las cosas son bellas es a causa del Bello (es decir, Dios mismo). Considera que «la belleza es el esplendor de la verdad y que sin verdad no hay arte. El esplendor atrae a todo el mundo; por eso el arte es universal».

En su homilía del 7 de noviembre de 2010, el Papa Benedicto XVI resaltaba: «Y es que la belleza es la gran necesidad del hombre; es la raíz de la que brota el tronco de nuestra paz y los frutos de nuestra esperanza. La belleza es también reveladora de Dios porque, como Él, la obra bella es pura gratuidad, invita a la libertad y arranca del egoísmo».

El despertar de los corazones

El siglo XIX es, para España, un siglo de profundos desórdenes sociales. La fiebre anticlerical hace estragos y se persigue a la Iglesia. José Bocabella, un librero muy devoto de san José, tiene la inspiración de levantar un templo consagrado a la Sagrada Familia de Nazaret. En expiación de los pecados de los hombres de su época, desea dar un fuerte testimonio de amor de Dios y de su Hijo hecho hombre, Jesús. Tras lanzar una suscripción, numerosos cristianos se adhieren a su proyecto «para que despierte la tibieza de los corazones dormidos, para que la Fe aumente, para que la Caridad se reanime y que, de ese modo, el Señor tenga piedad del país». Las obras empiezan sin demora, pero enseguida surgen grandes diferencias entre Bocabella y su arquitecto, quien abandona el proyecto. Una noche, la tía de Bocabella tiene un sueño: ha visto al arquitecto que hará surgir de la tierra la Sagrada Familia; es un joven de ojos azules... Sin conceder importancia a ese sueño, José se dirige a un gabinete de arquitectos. Al abrir la puerta, se encuentra frente a frente con un joven cuyos ojos azules le hacen estremecerse. En Cataluña, en efecto, los ojos azules no son muy frecuentes. Ese joven arquitecto se llama Gaudí. Las ideas de Bocabella se encaminan más bien hacia un clasicismo estricto, pero adopta sin dudarlos los puntos de vista más elevados de Gaudí.

Convencido de que, sin sacrificio, es imposible hacer avanzar una obra, Antonio Gaudí abandona la vida fácil que hasta entonces ha gozado como joven arquitecto de gran prestigio; intensifica su oración personal y se entrega a una ascesis muy exigente. «Se trata de un templo expiatorio –explica. Eso significa que se nutre de sacrificios». Durante la Cuaresma del año 1894, ayunará de una forma tan severa que sus privaciones le llevarán a las puertas de la muerte. Su amigo Monseñor Torras i Bages debe intervenir para persuadirle de que tome algún alimento. «La vida es amor y el amor es sacrificio –subrayará Antonio. Cuando se observa que una casa da muestras de vitalidad, es porque hay alguien que se sacrifica. Ese alguien es a veces un sirviente, una sirvienta...». El gran amor de Dios y del prójimo que habita en Antonio tiene sus raíces en el amor de la Cruz. Él mismo corona sus trabajos, religiosos o profanos, con una cruz de cuatro



La cruz de 17 metros que fue colocada en la cima de la Torre de Jesucristo, iluminando la ciudad de Barcelona de día y de noche. Con esta incorporación, la torre alcanza ahora una altura de 172,5 metros, es decir, 50 centímetros menos que la cercana montaña de Montjuïc, cuya cumbre se eleva a 173 metros. Gaudí quiso que la creación humana nunca superara la creación divina.

brazos que lleva con frecuencia las siglas de la Sagrada Familia: «JMJ» (Jesús, María, José).

Todos tienen un sitio

Gaudí concibe el templo de la Sagrada Familia como una síntesis de la doctrina católica. En él se representará la Creación del mundo, el trabajo del hombre en la tierra, el paso del reino de las tinieblas al Reino de la Luz, los misterios de la vida de Cristo, los siete sacramentos, los siete dones del Espíritu Santo, las Bienaventuranzas, la muerte, el Purgatorio, el Juicio final, el Infierno y el Cielo... Esa «catedral» de alrededor de 100 metros de larga será construida sobre un plano en forma de cruz latina, con cinco naves y tres fachadas. Las naves estarán separadas unas de otras por columnas inclinadas formando un arco parabólico. Todos los soportes convergerán hacia el centro para conferir estabilidad al edificio. Gaudí concibió esa técnica innovadora a fin de que las 18 torres previstas, de una altura de alrededor de 110 metros, pudiesen resistir tanto a los vientos de las tempestades como a los movimientos telúricos. La obra de Gaudí estará abierta a todos: «El pórtico debe ser tan grande –explica–, no para el hombre individual, sino para toda la humanidad, porque todos tienen un sitio en el seno de su Creador».

«Gaudí –constata Benedicto XVI– quiso unir la inspiración que le llegaba de los tres grandes libros en los que se alimentaba como hombre, como creyente y como arquitecto: el libro de la naturaleza, el libro de la Sagrada Escritura y el libro de la Liturgia. Así unió la realidad del mundo y la historia de la salvación, tal como nos es narrada en la Biblia y actualizada en la Liturgia. Introdujo piedras, árboles y vida humana dentro del templo, para que toda la creación convergiera en la alabanza divina, pero al mismo tiempo sacó los retablos afuera, para poner ante los hombres el misterio de Dios revelado en el nacimiento, pasión, muerte y Resurrección de Jesucristo. De este modo, colaboró genialmente a la edificación de la conciencia humana anclada en el mundo, abierta a Dios, iluminada y santificada por Cristo».

En la enorme obra de construcción de la Sagrada Familia, Gaudí instaura una maravillosa fraternidad. La seguridad social aún no existe, y los obreros trabajan hasta el final de su vida. Por previsión, el arquitecto instaura un sistema de ayuda mutua que consiste en deducir una pequeña parte del salario de cada uno para pagar el del obrero que cae enfermo. Los obreros lo quieren tanto que, cuando hablan de él, lo llaman «Padre»; pero Gaudí nunca lo sabrá. Su bondad es proverbial. Un día, un escultor se presenta al trabajo después de una noche en blanco. El arquitecto le dice: «Cuando el cuerpo lo necesita, lo primero que hay que hacer es descansar. –Sí –responde el escultor–, lo haré en cuanto llegue a casa. –No, hay que hacerlo ahora». Y el escultor debe cumplirlo. Sin embargo, la bondad de ese padre se alía con un sentido muy agudo de la justicia. Cuando uno de sus clientes no quiere pagarle los atrasos de sus honorarios, Gaudí recurre sin dudar a los tribunales y, una vez ganado el juicio, entrega el dinero a una comunidad de religiosas. En colaboración con el párroco, diseña y financia con sus propios ahorros la construcción de una escuela para los hijos de los albañiles y los de las familias más humildes del barrio. «Los pobres –decía– deben encontrar siempre acogida en la Iglesia, que es la caridad cristiana».

Pero Gaudí también tiene a veces arrebatos de mal carácter que se traducen en palabras tajantes. «Con mi temperamento –afirma–, no tengo otra solución que decir las cosas tal como las veo. Es verdad que la gente lo sufre...». Y añadirá: «Mi fuerza de voluntad me ha ayudado a superar todos los obstáculos, pero ha fracasado en una sola cosa: la reforma de mi temperamento». Eso no le impide ser alegre y gustar de las bromas.

Cerca de él

En una ocasión, con motivo de una visita al hospital, Gaudí, acompañado de un escultor, es conducido por una monja junto a un moribundo que no tiene familia. Los dos hombres permanecen junto al enfermo, murmurándole oraciones al oído hasta que entrega apaciblemente su último suspiro. «La devoción de ese moribundo –dirá el arquitecto– me ha sugerido la idea de que la Sagrada Familia estaba a su lado. Se me ha

ocurrido que podríamos representar la escena en el claustro del templo». Y realiza en el acto el croquis: el Niño Jesús en brazos de su madre se inclina sonriendo para acariciar al moribundo, y san José contempla la escena a los pies de la cama.



Gaudí (con la barba blanca) explica su obra al cardenal Ragonesi, del Vaticano, en 1915.

Gaudí pone en práctica las capacidades de cada uno: «El trabajo es fruto de la colaboración, y ésta no puede construirse más que sobre el amor. El arquitecto debe utilizar todo lo que sus colaboradores saben y pueden hacer. Hay que valorar la calidad específica de cada uno. Hay que integrar, sumar todos los esfuerzos y apoyarlos cuando se desaniman. Es así como se trabaja con alegría y con esa seguridad que brota de la plena confianza que suscita el organizador. Hay que saber que los inútiles no existen. Todo el mundo es útil según sus propias capacidades. Basta con descubrir las que posee cada uno». También en sus construcciones, Gaudí se complace en integrar escombros, residuos de forjas, cosas que parecerían inútiles. Además, cultiva el amor por el trabajo bien hecho y busca la perfección: «Generalmente las personas, cuando hacen algo, y cuando el trabajo ya es satisfactorio, renuncian a progresar y se contentan con el resultado obtenido; es un error: cuando una obra se acerca a la perfección, hay que retocarla hasta que sea perfecta». Según su experiencia personal, explica que es raro alcanzar desde el primer momento un resultado satisfactorio. Por eso, cuando quieren imponerle plazos, él responde: «Mi cliente no tiene prisa»; de hecho, considera que su único cliente es el propio Señor. Sin embargo, si constata un error en la ejecución del trabajo de sus colaboradores, lo corrige con gran delicadeza, diciendo por ejemplo: «No nos hemos entendido bien, vamos a probar de nuevo».

Una gestión costosa

Tras la muerte prematura de su joven sobrina en 1912, y después de la de su padre, Gaudí resalta: «Ya no me queda nada. Ahora puedo dedicarme por entero al templo de la Sagrada Familia». Primero vive solo en su casa del Parque Güell, y después, en octubre



La noche del 10 de junio de 2026, con motivo de la bendición de la Torre de Jesucristo, unos drones dibujan en el cielo el rostro de Gaudí.

de 1925, se traslada para vivir en la misma obra de la Sagrada Familia. Su vestimenta es pobre, y su frugal menú está compuesto principalmente de frutos secos y de leche de cabra con limón. Todos sus honorarios los entrega para la obra de la basílica. Cuando se produce la crisis económica, llega a mendigar para poder pagar a los obreros; pero esa gestión le cuesta mucho. Un día, una pobre mujer le da una peseta, cantidad ínfima que va a depositar en el cepillo del templo. Otro día, mientras espera bajo un balcón para protegerse de la lluvia, un viandante lo toma por un auténtico mendigo y le da dos pesetas como limosna que van a parar al mismo lugar. La pobreza de Gaudí le causa algunos chascos. Con motivo de la visita a la Sagrada Familia de la infanta Isabel, Gaudí se presenta en el lugar, pero los guardias reales, al ver a ese hombre tan pobremente vestido, lo rechazan. Sus colaboradores exclaman: «¡Esos guardias reales son estúpidos! –No –contesta Gaudí–, cumplen con su misión». En ocasiones le confunden con el sacristán, y él les dice humildemente el horario de los oficios. El ex presidente de la República Federal Española, don Francesc Pi i Margall, acude un día a visitar la Sagrada Familia. Desciende hasta la cripta, que ya se usa para el culto, y Gaudí le ofrece amablemente agua bendita. El señor Pi, anticlerical, hace como quien no ve, pero Gaudí insiste: «Don Francesc, por favor...». Y en eso Pi i Margall se sorprende a sí mismo de hacer, ante todo el mundo, una hermosa señal de la cruz.

En otra ocasión, se presenta el rector de la Universidad de Salamanca, Miguel de Unamuno, gran escritor convertido en agnóstico acongojado. Al llegar ante la fachada de la Natividad, en la que proliferan los símbolos cristianos, le espeta al arquitecto: «Usted, un hombre tan inteligente, ¿todavía cree en esas cosas?». Gaudí no reacciona. Poco después, se oye el Ángelus;

Gaudí interrumpe la conversación, se quita el sombrero y, sin respeto humano alguno, se pone a rezar devotamente; después de ello, dice: «¡Laus Deo! ¡Oso deseo a todos una buena noche!».

Un visitante del edificio, al admirar esa misma fachada adornada con gran profusión de elementos naturales, exclama: «¡Pero si es un canto a la Naturaleza! –Sí –contesta Gaudí–, pero diga más bien a la Creación!». Gaudí es muy criticado a causa de los ornamentos vegetales y animales de su obra, pero él se justifica mostrando que todos esos vegetales y animales son representados llenos de vida y de movimiento: la naturaleza creada forma así la corte

de su Creador.

Cada día, Antonio asiste a la Misa y se sumerge en la lectura del Evangelio, de donde saca la inspiración para realizar los personajes que adornan la Sagrada Familia. Cuando cita el Evangelio, todos quedan impresionados, incluso los no creyentes. Para él, «el hombre sin religión es un hombre mutilado. Para hacer bien las cosas, primero hace falta amor; después, solamente técnica». Apasionado por el canto gregoriano, asiste a unos cursos en el palacio de la Música de Barcelona. Cuando le preguntan por el motivo de su interés, responde: «Vengo aquí para aprender arquitectura». Los coros de la Sagrada Familia están previstos para acoger a unos 3.000 cantores, pues el arquitecto está convencido de que el futuro pertenece a la Iglesia. Sabe que todas las sabidurías, que todos los esfuerzos del hombre por acercarse a Dios encuentran su culminación en Cristo. Su arquitectura es un testimonio deslumbrador de esta convicción: se han empleado reminiscencias de otras tradiciones o culturas, a modo de pedestal que lleva la Cruz. Cuando guía a los visitantes por la obra del edificio, sus explicaciones constituyen una excelente exposición de la doctrina cristiana. Algunas personas de religiones diversas, en especial del budismo y del sintoísmo, se han convertido al catolicismo en contacto con Gaudí o con su obra.

Según su deseo

El 7 de junio de 1926, hacia las 18 horas, al salir de la obra, Gaudí es atropellado por un tranvía. Confundido con un mendigo, es llevado al hospital de la Santa Cruz, regentado por religiosas al servicio de los pobres, donde recibe la Extremaunción. Cuando se descubre su identidad, los equipos médicos más competentes proponen sus cuidados, pero es demasiado tarde. El 10 de junio, Gaudí muere, como un pobre, como lo había deseado, después de pronunciar sus últimas palabras: «¡Dios mío, Dios mío!». Sus funerales son un gran duelo público, donde todos van juntos,

desde las autoridades civiles y eclesiásticas hasta las gentes más sencillas. Es sepultado en la cripta de «su» iglesia, en la capilla de Nuestra Señora del Carmen. Su proceso de beatificación está en curso, y son numerosas las gracias recibidas por su intercesión.

Gaudí no pensaba en terminar él mismo su obra: «No quisiera terminar la construcción del templo. No sería conveniente... Levantar el templo es una oración en el tiempo. Hay que dejar a las generaciones futuras la posibilidad de alabar a Dios construyéndolo, y empleando otros estilos». Y repetía con frecuencia: «Será san José quien termine este templo». De hecho, la Sagrada Familia, que el Papa Benedicto XVI ha elevado al rango de basílica, es un edificio aún inacabado.

Con motivo de su dedicatoria, el Papa destacaba un aspecto fundamental de esa obra: «Gaudí hizo algo que es una de las tareas más importantes hoy: superar la escisión entre conciencia humana y conciencia cristiana, entre existencia en este mundo temporal y apertura a una vida eterna, entre belleza de las cosas y Dios como Belleza». Y añadió: «Hemos dedicado este espacio sagrado a Dios, que se nos ha revelado y entregado en Cristo para ser definitivamente Dios con los hombres... La Iglesia no tiene consistencia por sí misma; está llamada a ser signo e instrumento de Cristo, en pura docilidad a su autoridad y en total servicio a su mandato. El único Cristo funda la única Iglesia; Él es la roca sobre la que se cimienta nuestra fe. Apoyados en esa fe, busquemos juntos mostrar al mundo el rostro de Dios, que es amor y el único que puede responder al anhelo de plenitud del hombre. Ésa es la gran tarea, mostrar a todos que Dios es Dios de paz y no de violencia, de libertad y no de coacción, de concordia y no de discordia».



La basílica contará con un total de dieciocho torres: doce dedicadas a los apóstoles, cuatro a los evangelistas, una a la Virgen María (coronada por una estrella) y una, la más alta de todas, a Jesucristo. Para el año 2033 aún deberán construirse cuatro torres que representarán a los apóstoles.

Que Dios nos conceda ser, cada uno desde nuestro puesto, artesanos de belleza y de paz, testigos de la Verdad que es Cristo, a fin de poder ser llamados hijos de Dios. ❖

Dom Antoine-Marie, osb

Reproducido con permiso de la Abadía San José de Clairval, Francia, que publica una carta espiritual mensual sobre la vida de un santo. Dirección postal: Abbaye Saint-Joseph de Clairval, 21150 Flavigny sur Ozerain, Francia. Sitio web: www.clairval.com

Return undeliverable U.S. addresses to:

MICHAEL
P.O. Box 38
Richford, VT 05476-0038
U.S.A.

(U.S. subscribers who want to contact us
should use the following address:
P.O. Box 86, South Deerfield, MA 01373

**U.S. Postage Paid
Standard mailing
Permit No, 11
Richford, VT 05476
USA**

Return undeliverable Canadian addresses to:

Head office:
MICHAEL
1101 Principale St.,
Rougemont, QC, J0L 1M0
Canada



Impreso en Canadá
Printed in Canada

Asegúrese de renovar su suscripción antes de la fecha de vencimiento. (La primera línea muestra el año y el mes).

Congreso anual de los Peregrinos de San Miguel

Casa de la Inmaculada

1101, rue Principale

Rougemont, Canada

**Del 26 al 28
septiembre
de 2026**

23 y 24 septiembre:

**Sesión de estudio sobre
la Democracia Económica**

**dirigida por Alain Pilote,
redactor de SAN MIGUEL**

**en la Casa de
la Inmaculada**

**¡Todos nuestros suscriptores
y sus amigos están invitados!**